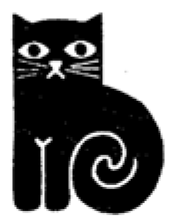
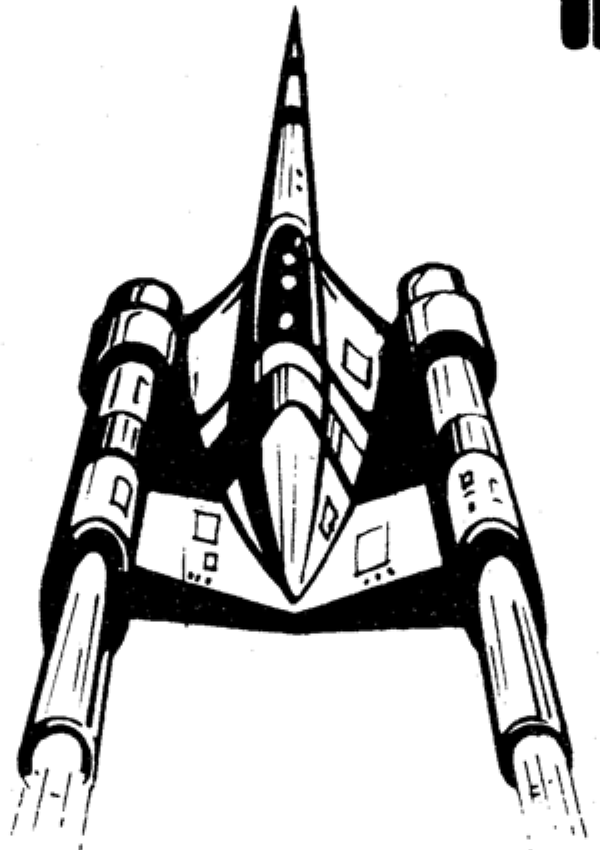

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
EL OTRO PLANETA TIERRA
Joseph Berna
A5
L7
GANE 1 MILLON DE PESETAS


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
EL OTRO PLANETA TIERRA
Joseph Berna
A5
L7
GANE 1 MILLON
DE PESETAS





La conquista del ESPACIO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR

EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

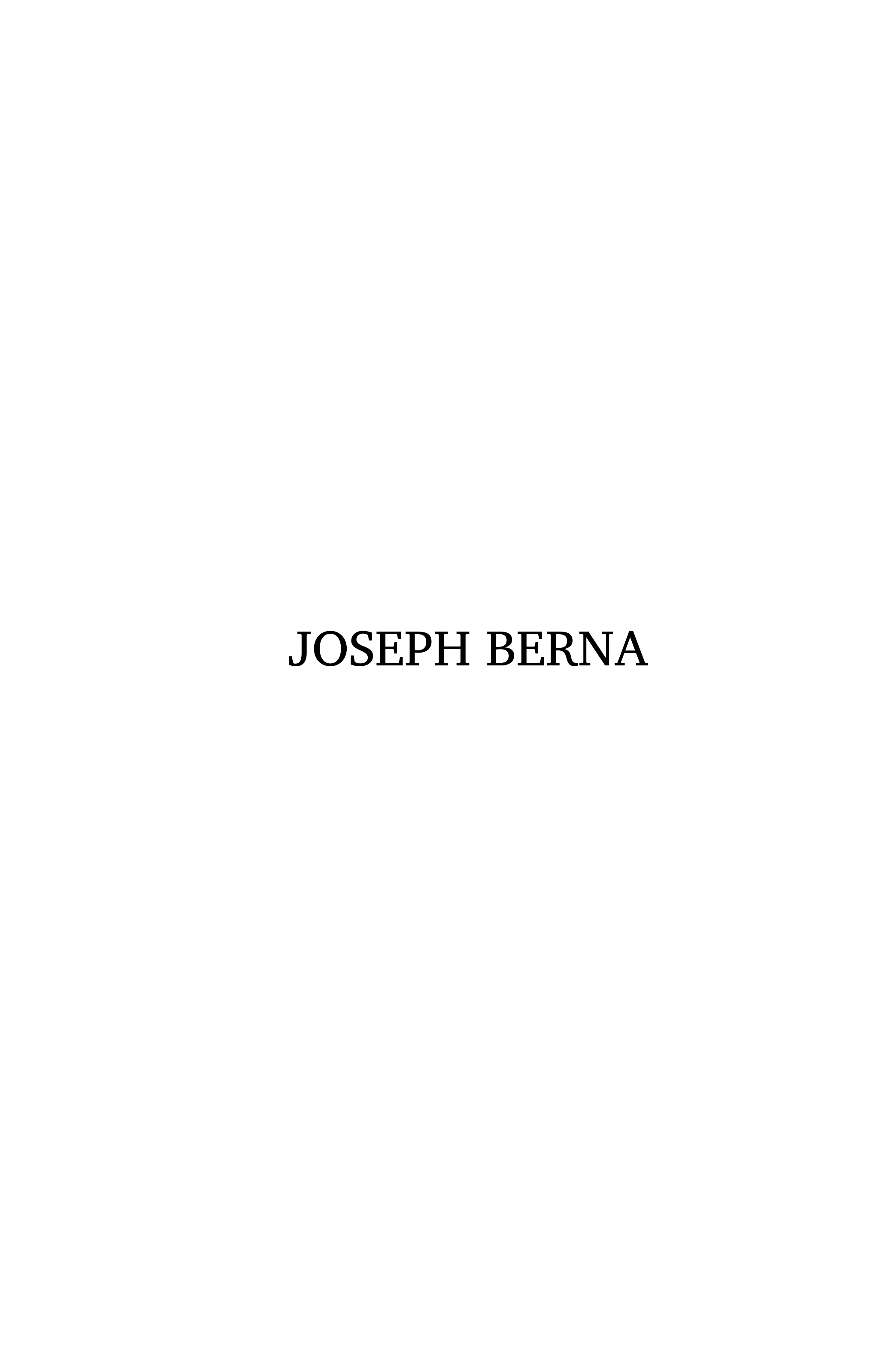
Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Bisonte Serie Azul

Búfalo Serie Azul

Héroes del Espacio



JOSEPH BERNA

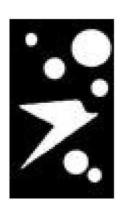
EL OTRO

PLANETA TIERRA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 739

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

1. ª edición en España: marzo,1985

1.ª edición en América: septiembre,1985

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,

así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente

de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84-02-02525-0 / Depósito legal: B. 5.696-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

CAPITULO PRIMERO

Año 2196.

Stefan Wajda, comandante de la «ARIES-XV», se encontraba en su despacho realizando unas anotaciones en el diario de a bordo. Contaba treinta y cinco años de edad, tenía el pelo negro y rizado, y las facciones varoniles.

Era un hombre alto y fornido, realmente apuesto, en opinión de las mujeres de la tripulación, que eran nada menos que diez. Hombres había catorce, incluyendo a Jam Skowronek, segundo de a bordo, y el propio Stefan Wajda.

Una tripulación numerosa, pero necesaria, porque la «ARIES-XV» era una astronave de grandes dimensiones y había mucho que atender. Además, los viajes solían ser largos, ya que la «ARIES-XV» partía siempre de la Tierra en misiones de exploración espacial y se pasaba meses enteros surcando el Cosmos.

En esta ocasión, llevaba ya setenta días lejos de la Tierra. Y aún tardaría un par de meses más, por lo menos, en regresar. Sería uno de los viajes más largos.

El hecho, sin embargo, no preocupaba al comandante Wajda, pues sabía que los miembros de su tripulación estaban acostumbrados a permanecer largo tiempo fuera de la Tierra y no se ponían nerviosos por ello. Se llevaban, además, estupendamente entre sí y siempre encontraban la manera de matar el aburrimiento en los momentos en que éste amenazaba, gastándose bromas y procurándose las más variadas diversiones.

Stefan Wajda tomaba parte en ellas como un miembro más de la tripulación, porque tenía un carácter alegre y abierto, sumamente cordial, lo que le había permitido ganarse la simpatía de todos. Los hombres y las mujeres que tenía a sus órdenes le respetaban, porque era el comandante, pero sabían que además de su superior era su amigo, pues lo había demostrado muchas veces.

Stefan acabó con las anotaciones y cerró el diario de a bordo, guardándolo en el cajón superior de la mesa. Justo en ese momento, sonó el timbre de la puerta.

El comandante de la «ARIES-XV» tomó el mando de control remoto

que tenía sobre la mesa y lo accionó. Al instante, la puerta se abrió y Rubina Silova, una de las mujeres más bellas y atractivas de la tripulación, penetró en el despacho.

Portaba una pequeña bandeja, en la que descansaba una taza de humeante café.

—Con su permiso, comandante —dijo, sonriendo, y se acercó a la mesa.

Stefan accionó de nuevo el mando y la puerta se cerró.

—¿Qué me traes, Rubina?

—Café recién hecho, comandante.

—No sabes cómo te lo agradezco.

Rubina Silova, que tenía veinticinco años de edad, el cabello muy rubio, y los ojos color violeta, depositó la bandeja sobre la mesa y le ofreció la taza.

—Sabía que estaba usted en su despacho, trabajando, y adiviné que le apetecería tomarse una taza de café, así que lo hice.

—Eres una chica muy atenta, Rubina.

—Usted se lo merece todo, comandante.

Stefan se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo de café.

—¿Cómo está? — preguntó Rubina.

—Delicioso, como siempre que lo preparas tú.

La chica sonrió halagada.

—Es usted muy amable, comandante.

Stefan ingirió otro par de sorbos de café.

Rubina vio que la mesa estaba despejada de cartas de navegación. Y como tampoco vio el diario de a bordo, preguntó:

—¿Ha terminado ya de trabajar, comandante?

—Sí.

—Le desafío a una partida de ajedrez.

—Te gano siempre, Rubina.

—He mejorado mi juego, se lo advierto.

—¿De veras?

—¿Quiere que se lo demuestre?

—Encantado.

Rubina tomó el estuche, que descansaba en un estante, junto con algunos libros, y lo puso sobre la mesa. Era un ajedrez magnético, así que las pierzas no se caían cuando estaban sobre el tablero, que quedaba formado cuando se abría el estuche de par en par y se le daba la vuelta.

Stefan le ayudó a sacar las piezas y colocarlas en las casillas correspondientes. Cuando todo estuvo dispuesto, Rubina dijo:

—¿Me permite que juegue yo con las blancas, comandante?

—Por supuesto —accedió Stefan—. Te puedo conceder la ventaja de la salida.

—No esté tan seguro. Le repito que he mejorado. Y si he pedido las blancas es porque he estudiado una apertura que le va a dejar boquiabierto.

Stefan rió.

—¿En serio…?

—No tardará en comprobarlo.

—Estoy empezando a asustarme, Rubina.

—Se burla, ¿eh?

—Oh, no, en absoluto —respondió Stefan, pero lo hizo riendo de nuevo.

Rubina, que se había sentado frente a él, le apuntó con el dedo y dijo:

—Hagamos una apuesta, comandante.

—¿Qué clase de apuesta?

—Si gano yo, tendré derecho a exigirle lo que se me ocurra. Y si gana usted, tendrá derecho a hacer lo mismo conmigo.

—¿Y el perdedor estará obligado a pagar, sea lo que sea lo que le pida el ganador…?

—Exacto.

—¿Qué me exigirías tú, Rubina?

—Lo sabrá cuando acabe la partida, porque pienso ganarle.

—¡Qué segura estás!

—¿Acepta la apuesta o no?

—Naturalmente. Y estoy pensando ya en lo que te voy a exigir, pues, a pesar de esa diabólica apertura que dices haber estudiado, te voy a derrotar, Rubina.

Ahora fue la chica quien rió.

—Esta vez no podrá conmigo, comandante. ¡Le voy a hacer morder el polvo de la derrota!

—No te hagas ilusiones. Si te he dejado elegir lasblancas, es porque las vas a pasar negras, aunque sea yo el que juegue con las piezas de ese color.

Rubina rió el chiste del comandante Wajda y abrió el juego, exclamando:

—¡Empieza la partida!

Stefan bloqueó el avance del peón jugado por Rubina, moviendo uno de los suyos.

—Ese ya no pasa de ahí —dijo.

—Ya veremos. ¡Ataco con la Dama! —exclamó la joven, jugando la pieza más valiosa del ajedrez.

Stefan respingó.

—¡Diablos!

Rubina se echó a reír.

—Le he sorprendido, ¿eh, comandante?

—Es muy peligroso mover la Dama tan pronto, ¿no lo sabías?

—¿Para mí o para usted?

—Para ti, por supuesto.

—Le demostraré que el peligro lo corre usted, comandante.

—Saco mi Caballo —decidió Stefan, y lo jugó.

—No tardaré en comérmelo.

—¿Tanto apetito tienes...?

Rubina rió el nuevo chiste del comandante Wajda y realizó su jugada.

—¡Apoyo el ataque de mi Dama con este Alfil!

—¡Demonios! —exclamó Stefan—. Estás terriblemente agresiva. Rubina.

—¡Lo sé!

—No esperaba un ataque tan fuerte de buenas a primeras, lo confieso.

—¡Sabía que le iba a desconcertar, comandante!

— Me defenderé con eficacia, ya lo verás.

—No creo que pueda contener un ataque tan avasallador, pero inténtelo.

Stefan hizo su jugada.

—Yo también voy a sacar mi Caballo de paseo —dijo Rubina.

—Lanzas más efectivos al ataque, ¿eh? —rezongó Stefan.

—Estoy dispuesta a pulverizar su defensa, comandante.

—Te estrellarás contra ella, Rubina.

Realizaron un par de movimientos más y…

—¡Me zampo su Caballo, comandante!

—Quítale las herraduras, ¿eh? —bromeó Stefan.

Rubina se rió muy a gusto y respondió:

—¡Descuide, a las herraduras sólo les daré unas chupaditas!

Stefan sonrió.

—Bien, veamos qué puedo hacer yo tras la pérdida de mi Caballo.

—Me temo que lo único que puede hacer, es darle el pésame a la yegua —repuso Rubina, y volvió a reír con ganas.

Stefan la imitó, porque no era para menos.

—Estás disfrutando, ¿eh?

—¡Como una enana!

—Me alegro, pero no cantes victoria todavía, porque yo soy un jugador con muchos recursos.

—Sí tiene muchos recursos, pero tiene pocas piezas…

—Me quedan las suficientes para ganarte. Mira, de momento, me como este Peón.

—Sí que se conforma con poco. Eso es como pinchar un taquito de jamón. Claro que, bien mirado, es lo único que puede llevarse a la boca, comandante.

—Ya me llevaré cosas más gordas, no te preocupes.

—La que se come cosas gordas, soy yo. ¡Me zampo su Alfil!

—¡Rayos y truenos!

La risa de Rubina Silova resonó de nuevo en el despacho.

—¡Le estoy desmantelando, comandante!

—¡Pues no me resingo a perder! ¡A ver qué te parece esto, Rubina!

La joven estudió la jugada que acababa de realizar Stefan.

—¡Hum!, eso entraña un evidente peligro, comandante…

—Te ha gustado mi jugada, ¿eh?

—Mucho, porque me permite dar este salto con mi Caballo y… ¡jaque al Rey, comandante!

Stefan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh, no!

—¡Y le estoy amenazando también la Dama!

—¡Ya lo veo!

—¡Está perdido, comandante!

—¡Eso parece, pero yo no arrojo todavía la toalla!

—¿Es que piensas lavarse la cara…? —preguntó Rubina, burlona.

—¡Quien ríe último, ríe mejor! —respondió Stefan, y movió el Rey, obligado por el jaque del Caballo blanco.

Rubina, como era de esperar, se comió la Dama negra y dijo:

—¡Le he dejado en pañales, comandante!

—No prepares todavía los polvos y la crema, porque soy capaz de darle la vuelta a la tortilla, aunque tú no lo creas —aseguró Stefan, e hizo su jugada.

—¡Huy qué peligroso es eso…! —se burló Rubina.

—Tú confíate y verás.

Rubina realizó su movimiento y…

—¡Jaque de nuevo, comandante!

—¡Maldita sea!

—¡Y es mate!

—¡imposible!

—¡Sí, comandante, sí! ¡Su Rey no tiene escapatoria! ¡Es jaque-mate!

—¡Por todos los diablos!

—¡Le he vencido, comandante!

Stefan sonrió y le tendió deportivamente la mano.

—No tengo más remedio que felicitarte, Rubina. Has estado sensacional.

—Gracias, comandante —respondió ella, estrechándole la diestra.

—¿Qué me vas a exigir, por haber ganado la partida?

Rubina se levantó, rodeó la mesa, y se sentó en las rodillas de Stefan. Después, le pasó los brazos por el cuello y acercó su boca a la de él, respondiendo:

—Para empezar, quiero que me bese en los labios, comandante.

CAPITULO II

Jan Skowronek, el segundo de a bordo de la «ARIES-XV», se hallaba en el puente de mando, en donde en aquellos momentos prestaban servicio Andros Patikis, Heike Weiss, Lupo Vallone y Noriko Osaka.

Con ellos se encontraba el doctor Fazekas, quien hacía apenas unos minutos que había abandonado la enfermería. Le apetecía conversar con Jam y los demás, y como no tenía nada urgente que hacer, y ningún paciente que atender, se había trasladado al puente.

Kalmar Fazekas podía considerarse un médico joven, puesto que había cumplido recientemente los treinta y ocho años de edad. Era de estatura media, más bien delgado, y llevaba una cuidada barba, que no dejaba crecer demasiado.

Era un hombre muy inteligente y un excelente cirujano, virtudes que le habían llevado a formar parte de la tripulación de la «ARIES-XV». Y varios miembros de la misma le debían la vida, gracias a sus conocimientos y a su experiencia con el bisturí.

De ahí que el doctor Fazekas fuera estimado y respetado por la tripulación entera. Su presencia a bordo les inspiraba seguridad.

Jan Skowronek tenía treinta años. Era casi tan altocomo el comandante Wajda, pero algo menos corpulento. Tenía el pelo rubio y las facciones simpáticas.

Lupo Vallone tenía la misma edad que Jan y una complexión física parecida; era moreno y llevaba bigote. Andros Patikis, en cambio, era uno de los hombres más corpulentos de la tripulación.

Tenía aspecto de luchador.

Y la verdad es que luchaba muy bien, tal vez por aquello de que por sus venas corría sangre griega. Tenía dos años más que Lupo y

llevaba el cráneo afeitado.

Heike Weiss era una guapa pelirroja de veintiséis años, ojos verdes y picaros, y labios tentadores. Nori ko Osaka, de raza oriental, era dos años más joven y sus formas eran menos exuberantes, pero no por ello menos atractivas; poseía un cuerpo esbelto y proporcionado, y sus dulces ojos oscuros acariciaban cuando miraban.

El doctor Fazekas, Jan, Andros, Heike, Lupo y No riko estaban hablando de cosas intrascendentes, cuando, de pronto, la potente cámara telescópica de la «ARIES-XV» detectó un planeta.

Ello hizo que se suspendiera inmediatamente la charla y se pusieran todos a trabajar, con excepción del doctor Fazekas, quien se limitó a fijar los ojos en la pantalla.

Por el momento, la imagen del planeta que ofrecía la pantalla telescópica era todavía tan diminuta que no se podía sacar ninguna conclusión, pero a medida que la «ARIES-XV» se iba aproximando a aquel mundo desconocido, la imagen fue creciendo y empezaron a vislumbrarse los rasgos físicos del planeta.

Unos rasgos que, curiosamente, a nadie le resultaron desconocidos.

Sin embargo, ninguno dijo nada.

Se limitaron todos a mirar la pantalla, en la que la imagen del planeta recién descubierto seguía agrandándose paulatinamente, lo que permitía apreciar cada vez mejor su aspecto exterior.

Y lo que primero fue un vago asomo de sorpresa, se fue convirtiendo poco a poco en asombro, perplejidad, y estupefacción.

Era lo que ahora reflejaban las caras del doctor Fazekas, Jan, Lupo, Andros, Heike y Noriko, porque ninguno de ellos podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

La imagen del planeta era ya lo suficientemente grande como para no dejar lugar a dudas. Aquel mundo azulado, hermoso, redondo, ligeramente achatado por los polos...

—¡Es la Tierra! —exclamó el doctor Fazekas, haciendo un cómico gallo con la voz.

* * *

Stefan Wajda no podía negarse a besar los preciosos labios de Rubina Silova, porque había perdido la partida de ajedrez y tenía que someterse a los deseos de la joven.

Pero, aunque hubiera podido negarse, no lo habría hecho, porque los deseos de Rubina era también los suyos. Era demasiado hermosa como para no desear besarla largamente y estrechar su maravilloso cuerpo con vehemencia.

Y eso hizo Stefan.

Los labios de Rubina se mostraron también muy activos.

Cuando el beso concluyó, se miraron a los ojos y Stefan preguntó:

—¿Qué más me vas a exigir, Rubina?

—Que me acaricie.

—¿El rostro?

—Un poco más abajo.

—¿El cuello?

—Siga bajando.

Stefan carraspeó.

—Tienes el traje cerrado, Rubina.

—Pues ábralo.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Entonces, no puedo negarme.

Stefan abrió el traje de rubina hasta casi la cintura, deslizó su mano por la abertura, y le acarició los senos, duros y cálidos.

—¿Qué más? — preguntó.

Rubina sonrió, al tiempo que ahogaba un suspiro de placer.

—Quiero que esta noche acuda a mi camarote, comandante. O que me reciba en el suyo, como usted prefiera.

—¿Y qué haremos? ¿Jugar otra partida de ajedrez…?

—No diga tonterías.

—Quiero la revancha, Rubina.

—Se la daré, no tema. Pero no esta noche.

—¿Qué haremos esta noche, Rubina?

—El amor.

Stefan sonrió.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Tengo la sensación de haber ganado la partida, porque todo lo que me exiges son cosas buenas. Vamos, que es un premio besarte, acariciarte, y hacer el amor contigo.

Rubina se sintió muy halagada.

—¿Lo dice en serio, comandante?

—Claro.

—Entonces, es que le gusto.

—Mucho. Si tuviese que elegir a una de las mujeres de la tripulación, me quedaría contigo —aseguró Stefan.

—Pues quédese.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Me encantaría.

Stefan la besó, recreándose de nuevo en la acción, mientras su mano seguía acariciando suavemente los erectos senos de Rubina. Ella le acariciaba la nuca a su vez.

De pronto, el telecomunicador que descansaba sobre la mesa emitió la señal de llamada, obligándoles a interrumpir el beso y las caricias.

—Lo siento, Rubina, pero tengo que contestar —dijo Stefan.

—Naturalmente —sonrió ella, y se levantó de sus rodillas.

Stefan pulsó el botón correspondiente y en la pantalla apareció la imagen descompuesta de Jan Skowronek.

—¡Comandante! —exclamó el segundo de a bordo.

Stefan se alarmó.

—¿Qué sucede, Jan...?

—¡Algo increíble, comandante! ¡Nos estamos aproximando a la Tierra!

CAPITULO III

Stefan Wajda se quedó de muestra.

Sus agrandados ojos se movieron hacia Rubina Silo va, comprobando que también ella reflejaba un asombro total.

Y es que no podía ser.

¿Cómo se iban a estar aproximando a la Tierra, si la «ARIES-XV» se encontraba en otra galaxia...?

¡Estaban a millones de millones de kilómetros de la Tierra!

¡Incluso de los límites de la Vía Láctea!

¡Lo que Jan decía era imposible!

Por ello, Stefan volvió a posar sus ojos en la pantalla del telecomunicador y dijo:

—Es una broma, ¿verdad?

—¡No, comandante!

—Jan, te conozco bien y sé que eres capaz de tomarle el pelo a cualquiera, así que...

—¡Le juro que no bromeo, comandante! ¡Hemos detectado un planeta, y es el nuestro! ¡La Tierra!

—¡Eso no es posible Jan, y tú lo sabes! ¡Nos hallamos más lejos que nunca de la Tierra!

—¡Era lo que yo pensaba, comandante, pero por lovisto hemos equivocado el rumbo y hemos vuelto a casa!

—¡No digas barbaridades, Jan!

—¡Sé que lo parecen, comandante, pero no se me ocurre otra cosa!

Stefan rezongó algo y dijo:

—Estaré en el puente en un minuto. Y como se tra te de una broma, puedes despedirte de tus orejas, porque te las voy a arrancar.

—¡Se convencerá cuando contemple la Tierra consus propios ojos, comandante!

—¡No puede ser la Tierra, Jan!

—Entonces, será su hermana gemela —repuso el segundo de a bordo.

Stefan cortó bruscamente la comunicación y se puso en pie. Llevaba un traje rojo oscuro, todo de una pieza, y calzaba botas brillantes. Al cinto, portaba una pistola de rayos láser.

Rubina, que luda un traje color carne, también de una sola pieza, murmuró:

—Juraría que Jan no bromea, comandante.

—No, me temo que no —rezongó Stefan.

—¿Y cómo es posible que...?

—No es posible de ninguna de las maneras. Rubina. Ese planeta al que nos estamos aproximando no es la Tierra. Quizá se parezca bastante. Estamos a varios millones de años luz de la Tierra.

—Sí, eso debe ser, que se parece mucho.

—Vamos a comprobarlo.

Salieron los dos del despacho y se dirigieron rápidamente, al puente de mando. Cuando lo alcanzaron, el azulado planeta cuyo aspecto físico era idéntico al de la Tierra podía verse ya directamente a través del amplio y sólido mirador del puente.

Y eso hacían el doctor Fazekas, Jan, Andros, Lupo Heike y Noriko, contemplar el hermoso mundo con ojos atónitos, porque nada lo diferenciaba de la Tierra.

Stefan y Rubina se llenaron también de perplejidad cuando vieron con sus propios ojos el planeta hacia el cual se dirigía la «ARIES-XV», cada vez a menor velocidad, porque Jan había ordenado activar el proceso de desaceleración de la astronave.

—¡Era verdad, comandante! ¡Es la Tierra. —exclamó Rubina, con unos ojos como platos.

Stefan no fue capaz en esta ocasión de rechazar afirmación, porque

él también pensaba que era Tierra. Seguía diciéndose que no, que no era posible que aquel planeta fuese la Tierra, pero una cosa era lo que se decía y otra muy distinta lo que veía.

Y él veía la Tierra.

No un planeta muy parecido, sino la Tierra misma con sus cinco continentes, sus océanos, sus mares.

Su estupefacción era tan grande, que no pudo hacer ningún comentario.

Jan Skowronek lo miró y dijo:

—¿Se convence ahora, comandante?

Stefan continuó callado.

El doctor Fazekas lanzó un hondo suspiro y aseguró

— Hemos vuelto a casa, no hay duda.

Stefan Wajda rompió por fin su silencio:

—Me niego a admitirlo, doctor.

—A mí también me costaba, comandante, pero...

—Ese mundo no puede ser la Tierra. Nosotros estamos muy lejos de nuestro planeta.

—¿Encuentra alguna diferencia entre ese planeta y el nuestro, comandante? —preguntó Jan.

—Por ahora, ninguna. Pero estoy seguro de que existen. Y la computadora nos dirá cuáles son.

Cuando la computadora empezó a facilitar datos sobre el planeta, la «ARIES-XV» giraba ya alrededor del mismo en órbita artificial. Podía verse perfectamente continente americano, el asiático, el europeo, el africano, Oceanía...

Todos, excepto el comandante Wajda, estaban seguros de que se trataba de la Tierra. Y la computadora pareció darles la razón, ya que todos sus datos coincidían.

El planeta tenía un diámetro ecuatorial de 12.757 kilómetros, un

período de rotación axial de 23 y 56 minutos, un período sideral de 365,2 días, una temperatura máxima en su superficie de 60°C, y se hallaba a una distancia media de la estrella que le proporcionaba luz y calor de 150 millones de kilómetros.

Todo exacto.

Y, por si fuera poco, disponía de un satélite cuyos latos eran idénticos a los de la Luna.

No podía existir ninguna duda.

Aquel mundo era la Tierra.



Stefan Wajda, después de leer todos los datos facilitados por la computadora, murmuró:

—Según la computadora, hemos vuelto a casa. Pero como para mí esto no tiene ninguna explicación lógica, sigo resistiéndome a aceptarlo. Y no lo admitiré hasta que establezcamos comunicación con el Centro de Investigación Espacial y hable personalmente con el general Latimer.

—¿Hago la llamada, comandante? —preguntó Noriko.

—Si, en seguida.

La oriental efectuó la llamada, pero no fue atendida.

—No contestan, comandante.

—Insiste, Noriko.

La chica lo hizo.

Y más de una vez.

El resultado, sin embargo, fue el mismo.

Noriko desistió, dando un suspiro.

—Es inútil, comandante. Nadie responde.

—Y yo sé por qué, Noriko —dijo Stefan, mirando fijamente el planeta.

—¿De veras?

—El Centro de Investigación Espacial no contesta porque en ese planeta no existe tal Centro de Investigación Espacial. Como tampoco existen muchas de las cosas que tenemos en la Tierra. Parece nuestro mundo pero no lo es. No es la Tierra. Y os convenceréis todos cuando lo exploremos con una de nuestras naves de reconocimiento —aseguró el comandante Wajda.

CAPITULO IV

La pequeña nave de reconocimiento había salido ya del hangar ubicado en la parte inferior de la «XV», pilotada por el propio Stefan Wajda.

Junto al comandante, ocupando el asiento de copi loto, iba Jan Skowronek. En los tres asientos dobles de atrás, viajaban el doctor Fazekas, Andros Patikis, Lupo Vallone, Rubina Silova, Keike Weiss y Noriko Osaka.

Otros cuatro miembros de la tripulación prestaban servicio ahora en el puente de mando de la «ARIES- XV», atentos a cualquier orden que pudiera darles el Comandante Wajda.

Y, mientras la «ARIES-XV» seguía girando alrededor del planeta gemelo de la Tierra, en prudente órbita artificial, la nave de reconocimiento enfiló hacia el misterioso mundo.

Misterioso, naturalmente, por ser tan idéntico a la Tierra que había hecho pensar a todos que habían vuelto a casa sin saberlo. Y, quien más y quien menos, seguía opinando igual, a pesar de que las repetidas llamadas al Centro de Investigación Espacial no hubieran sido atendidas, lo cual había servido al comandanteWajda para

reafirmarse en su idea de que aquel planeta no era la Tierra.

Muy pronto, sin embargo, saldrían de dudas, porque la nave de reconocimiento alcanzaría el planeta en unos minutos y podrían observar de cerca su superficie.

Si era diferente a la de la Tierra, si no existían las mismas ciudades y en los mismos lugares, habría que darle la razón al comandante Wajda y admitir que aquél no era su mundo, sino otro idéntico exteriormente a él.

Otro planeta Tierra, en suma, ocupando un lugar en el Cosmos a millones y millones de kilómetros de distancia, en una galaxia distinta, alejada de la Vía Láctea.

¿Con seres idénticos a los terrestres...?

¿Con seres diferentes...?

Como ambos mundos eran exactos, parecía lógico pensar que, caso de estar habitado, los seres que poblasen serían semejantes a los terrestres, aunque la enorme distancia que separaba un planeta de otro hacía sospechar que sus habitantes podían ser muy diferentes a los de la Tierra.

En esto, y en otras cosas, pensaban el comandante Wajda y los suyos mientras la nave de reconocimiento seguía acercándose al planeta. No se hacían comentários, nadie despegaba los labios, pero todos tenían los ojos fijos en el mirador de la nave.

La imagen del planeta se iba agrandando por segundos.

Ya no se veía entero, sino una cara del mismo, porque la proximidad de la nave impedía abarcarlo por completo, como antes.

En aquella parte del planeta, era de día en aquellos momentos.

La nave iba directa hacia el continente africano.

Un continente africano que se agigantaba segundo a segundo, ofreciendo imágenes cada vez más ciaras y más llenas de detalles. Y esto fue lo que hizo comentar a Stefan Wajda:

—Esto es Africa, desde luego. Pero no el Africa de ahora, del año 2196, sino un Africa mucho más antigua, ancestral, selvática. No es el Africa que nosotros dejamos en la Tierra, cuando emprendimos el

viaje, casi llena ya de importantes ciudades, modernas, gigantescas, con muchos millones de habitantes en cada una de ellas. El Africa que estamos contemplando ahora es el Africa de los poblados de chozas, de cabañas rústicas, confeccionadas por seres primitivos.

Nadie rebatió las palabras del comandante Wajda, porque, efectivamente, no se veían grandes ciudades en aquella parte del continente africano que estaban observando.

Ni grandes... ni pequeñas.

No se veía una sola ciudad moderna.

Y la nave de reconocimiento se había aproximado ya lo suficiente como para poder afirmar que, si no se veían ciudades, es porque no existían.

El comandante Wajda, por tanto, tenía razón.

Aquélla no era el Africa actual, sino un Africa primitiva y todavía salvaje, alejada aún de los progresos de la civilización. Por consiguiente, no podía ser el Africa del planeta Tierra, mucho más moderna, poblada y avanzada.

Y si aquel continente africano no era el de la Tierra, había que admitir ya sin reservas que se trataba de otro planeta idéntico a la Tierra, aunque menos avanzado tecnológicamente, más primitivo.

Jan Skowronek fue el primero en rendirse a la evidencia:

—Tenía usted razón, comandante. Esto no es la Tierra, sino su hermana gemela.

—Si es que no podía ser, Jan.

—Pero era muy fácil confundirse, ¿eh?

—Desde luego. Yo mismo llegué a dudar, lo confieso. Cuando llegué al puente de mando y contemplé el planeta a través del mirador, pensé que estaba viendo la Tierra. Me dije que no era posible, pero cuando la computadora nos ofreció los datos, idénticos a los de nuestro planeta, volví a dudar. Quería aferrarme a la lógica, pero es difícil rechazar lo que uno está viendo con sus propios ojos.

—¿Cómo pueden existir dos mundos tan exactos, comandante...? —preguntó el doctor Fazekas.

—No lo sé. Hay miles de planetas, pero hasta hoy, yo jamás había visto dos mundos idénticos. El Cosmos encierra muchas sorpresas y muchos misterios, doctor.

Y éste es uno de ellos, no cabe duda.

—Cuando lo contemos en la Tierra, no lo van a creer —dijo Andros.

—Seguro —habló la pelirroja Heike.

—Yo tampoco lo creería, desde luego —confesó Rubina—. Es tan fantástico...

—¿Cómo se llamará este planeta? —preguntó No riko.

—Ni idea —respondió Lupo—. Pero nosotros deberíamos llamarlo la Tierra-II.

En la nave de reconocimiento resonaron algunas carcajadas.

—¿De qué os reís? —preguntó Lupo—. ¿Acaso este mundo no es idéntico a la Tierra...?

—La Tierra-II no suena muy bien —dijo Heike.

—¿Qué nombré le pondrías tú, vamos a ver?

—Bueno, yo...

—No se te ocurre nada, ¿verdad?

Stefan Wajda intervino:

—Ya lo bautizaremos cuando hayamos explorado el planeta, muchachos.

—El comandante tiene razón —dijo Jan—. Nos estamos precipitando.

—¿Contra el suelo...? —exclamó el doctor Fazekas, agarrándose al asiento.

El chiste del médico provocó la risa general.

La nave de reconocimiento sobrevolaba ya el continente, pero lo hacía a bastante altura. Para descubrir ciudades, estaba bien, pero la

altura resultaba excesiva para detectar un pequeño poblado o seres vivos moviéndose entre la espesura, por lo que el comandante Wajda hizo descender la nave.

Y resultó muy oportuno, pues apenas un par de minutos después, descubrían una especie de tótem en un claro de la selva. El tótem tendría unos dos metros y medio de altura, unos veinte centímetros de grosor, y estaba clavado en la tierra. La parte superior del tótem, representaba la cabeza de un animal con las fauces abiertas, mostrando sus terroríficos colmillos. Y por si fuera poco, el animal tenía dos largos y afilados cuernos en su frente.

La cabeza del animal era de madera, claro, como el resto del tótem, pero impresionaba lo suyo, porque estaba muy bien tallada y parecía que tenía vida.

Lo que más impresionó al comandante Wajda y los suyos, sin embargo, fue el descubrir que una mujer permanecía atada a aquel siniestro tótem.

Era una mujer terrestre, de raza blanca, joven e indudablemente atractiva, ya que vestía una corta túnica amarilla y sus hermosas piernas quedaban casi totalmente al descubierto. Sus pies estaban atados a la base del tótem y sus brazos, en alto, estaban igualmente sujetos, mientras que una tercera cuerda aprisionaba su cintura.

Saltaba a la vista que la chica, que tenía el cabello largo y oscuro, no esperaba nada bueno, pues se agitaba nerviosamente y la expresión de su rostro era de terror.

Como si fuera a ser torturada.

O azotada.

O sacrificada...

Eso parecía aquel horripilante tótem, un poste de sacrificios, utilizado por los adoradores del animal representado enlo alto del tótem, al que consideraban sin duda un dios.

Su dios.

Un dios sediento de sangre, al parecer, puesto que había que ofrecerle vidas humanas. Como la de la muchacha que permanecía sujeta al tótem, esperando el momento de su sacrificio.

De repente, los micrófonos exteriores de la nave de reconocimiento captaron un escalofriante rugido. Y, en seguida, el largo y angustioso chillido de la chica.

¡Iba a ser devorada por una fiera...!

* * *

La fiera tardó sólo unos segundos en aparecer. Había surgido de entre la melaza, dando un nuevo rugido, que ahogó literalmente los gritos desesperados de la mujer predestinada a ser devorada por ella. La bestia era realmente espantosa.

En cierto modo recordaba el animal cuya cabeza había sido tallada en la parte superior del tótem, pues tenía un par de largos y afilados cuernos, y unos colmillos realmente terroríficos.

De tamaño, la fiera podía compararse a un rinoceronte, pero su cuerpo era bastante diferente, ya que tenía ocho patas en vez de cuatro, y una serie de aletas dorsales en el lomo que semejaban gigantescos dientes de sierra.

Y tenía cola.

Una cola gruesa, larga y peligrosa.

El monstruoso bicho, sin duda hambriento, lanzó un tercer rugido y fue hacia su víctima, dispuesto a no dejar de ella ni la túnica.

CAPITULO V

Sendos escalofríos recorrieron los cuerpos del comandante Wajda y los suyos.

—¡Esa fiera la va a destrozar! —gritó Jan.

—¡Qué horror! —exclamó Rubina.

—¡Va a morir devorada! —dijo Andros.

—¡Pobre muchacha! —habló el doctor Fazekas.

Stefan Wajda, reaccionando con celeridad, apuntó a la bestia con el cañón de rayos láser acoplado a la proa de la pequeña nave de reconocimiento y efectuó un disparo.

Lo hizo con los nervios en tensión, pues era consciente de que no podía fallar. Si erraba el disparo, la fiera alcanzaría a la chica, porque estaba ya a un par de metros escasos de ella.

Afortunadamente, el rayo láser alcanzó de lleno al animalote y lo destrozó materialmente. El bicho se desplomó, emitiendo un horrendo bramido de muerte, y quedó muy quieto.

Jan Skovronek lanzó un grito de euforia.

—¡Bien por el comandante!

—¡Lo ha dejado seco! —exclamó Lupo, igualmente jubiloso.

—¡Y de un solo disparo! —dijo Heike.

—¡Qué puntería! —añadió Noriko.

Stefan sonrió.

—Había que salvar a la chica. Vamos a liberarla.

La nave se aproximó al claro de la selva, descendiendo al propio tiempo. Había espacio suficiente para posarse en él.

La muchacha de la túnica amarilla había dejado de chillar, aunque su esbelto cuerpo temblaba todavía. Contemplaba, con ojos asombrados, el cadáver destrozado de la gigantesca fiera que había

estado a puntode devorarla.

No sabía quién había matado a la bestia ni con qué, porque aún no había descubierto la pequeña nave de reconocimiento. Ella, desde luego, no había visto jamás acabar con una fiera de aquel tamaño de una manera tan rápida.

De pronto, captó un ruido en el cielo.

La chica levantó la cabeza y...

Bueno, casi se desmaya del susto.

La nave terrestre le causó tanto terror como el animal que debía devorarla. Tal vez más, porque era la primera vez que ella veía una nave e ignoraba que se trataba de un medio de transporte, de un moderno vehículo para viajar por el aire.

A la muchacha se le antojó una bestia monstruosa, capaz de volar como los pájaros, y se llenó de pánico, pues pensó que venía a lo mismo que la fiera de los cuernos. Es decir, a devorarla.

Y claro, se puso a chillar de nuevo, tan desesperadamente como antes, al tiempo que se agitaba, tratando inútilmente de soltarse del tótem y huir.

La nave se posó suavemente en el suelo, muy cerca de la chica, y el pavor de ésta aumentó. El ruido de los motores se le antojaba los rugidos de lo que ella creía una poderosa bestia voladora y la muchacha pensó que le quedaban escasos segundos de vida.

Los motores se apagaron y el ruido cesó, aunque ello no tranquilizó en absoluto a la chica. Se hallaba histérica, dominada totalmente por el terror, y no paraba de chillar y de agitarse.

Sin embargo, cuando la puerta de la nave se abrió y el comandante Wajda y los suyos salieron de ella, esgrimiendo sendas pistolas de rayos láser, la muchacha enmudeció.

La sorpresa no sólo la dejó muda, sino paralizada, ya que no podía mover ni un dedo. Con ojos dilatados, observó a los terrestres, comprobando que había tres mujeres entre ellos.

Tres mujeres de la misma raza que ella, aunque vistiesen de forma muy diferente. Y lo mismo ocurría con los hombres, lo cual le inspiró confianza.

Sí, la chica adivinó que no tenían intención de hacerle daño, que venían en su ayuda, y fue entonces cuando los relacionó con la muerte de la peligrosa fiera.

Ellos la habían matado con sus poderosas armas, para evitar que la bestia la devorara.

Les debía, por tanto, la vida.

El comandante Wajda y los suyos la rodearon.

—Vigilad la espesura, no salga otra fiera como ésta.

—indicó Stefan, mirando el cadáver del animalote.

Jan, Andros y Lupo cubrieron la melaza con sus armas, mientras el comandante Wajda, el doctor Fazekas, y las chicas, se ocupaban de liberar a la muchacha.

Como la joven estaba pálida y temblorosa, Stefan le acarició suavemente el rostro con su mano izquierda y dijo:

—Tranquilízate, preciosa. Estás entre amigos. Hemos venido a salvarte.

La chica pareció entender, pues esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Soltadla —ordenó Stefan.

Rubina le desató los brazos, Heike se ocupó de la cuerda que aprisionaba la cintura de la muchacha, y Noriko le soltó las piernas.

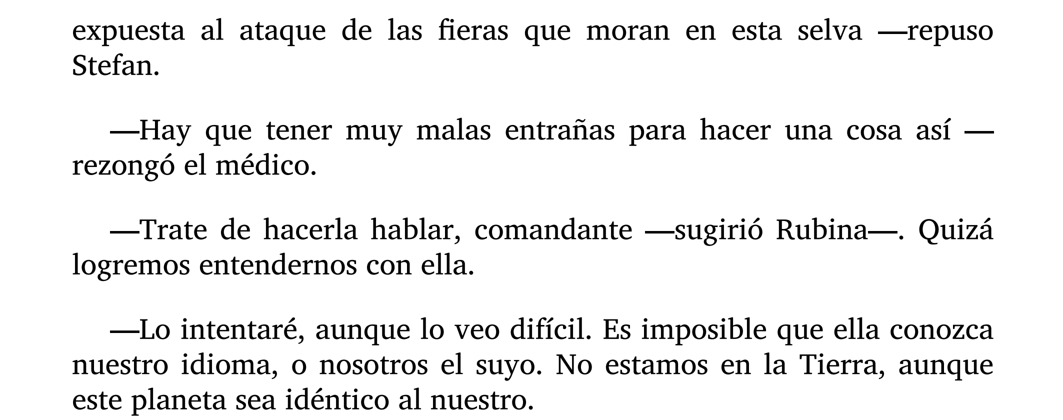
La joven Había pasado tanto miedo, que se sentía débil y las rodillas la flaquearon, viéndose obligada a agarrarse del comandante Wajda para no derrumbarse.

Stefan la rodeó inmediatamente con sus brazos.

—Lo has pasado mal, ¿eh?

—Es natural que le fallen las fuerzas, comandante— —dijo el doctor Fazekas—. La muchacha ha estado al borde del desmayo y todavía no se ha recuperado.

—Si hablara nuestra lengua, nos diría quiénes y por qué la trajeron a este lugar y la ataron a ese siniestro tótem de sacrificios, dejándola



expuesta al ataque de las fieras que moran en esta selva —repuso Stefan.

—Hay que tener muy malas entrañas para hacer una cosa así —rezongó el médico.

—Trate de hacerla hablar, comandante —sugirió Rubina—. Quizá logremos entendernos con ella.

—Lo intentaré, aunque lo veo difícil. Es imposible que ella conozca nuestro idioma, o nosotros el suyo. No estamos en la Tierra, aunque este planeta sea idéntico al nuestro.

—Parece que la chica se siente mejor, comandante. —observó Heike.

—Sí, sus piernas se muestran ahora más firmes —Di jo Noriko.

Stefan la soltó y la muchacha, efectivamente, mantuvo en pie sin dificultades. Stefan le tomó la barbilla, con delicadeza, y preguntó:

—¿Cómo te llamas, guapa?

Ella sonrió, se aupó sobre las puntas de sus desnudos pies, le puso las manos en el pecho, y le besó los labios, ante la sorpresa de todos.

—Vaya, parece que eso también se hace en esta otra Tierra —murmuró Rubina. —Yo creo que la chica se llama «Cariñosa» —dijo Heike, con ironía.

—O «Agradecida» —agregó Noriko, en el mismo tono.

El doctor Fazekas, Jan, Andros yLupo rieron.

Stefan, sorprendido por el beso, tosió y dijo:

—Está claro que la chica no me entiende. Le pregunto cómo se llama, y me suelta un beso.

—¿Me deja que se lo pregunte yo, comandante?

—dijo Jan.

—No, sigue vigilando la espesura.

—Me quedé sin beso.

Volvieron a reír todos.

De pronto, la muchacha rescatada dijo:

—Suka.

—¿Cómo? — preguntó Stefan.

La chica se puso la mano en el pecho y repitió:

—Suka.

—¿Es tu nombre...? ¿Te llamas Suka...?

—Suka — siguió repitiendo la joven.

—¡Magnífico!

La chica puso su mano en el pecho del comandante Wajda.

—¿Magnífico...? —repitió, con bastante dificultad. —¡Oh, no! —exclamó Stefan, riendo—. Ese no es mi nombre, Suka. Yo me llamo Stefan.

—¿Stefan...?

—Eso es. Tú, Suka; yo, Stefan.

—Stefan.

—Sí, así me llamo.

La muchacha lo cogió de la mano y tiró de él. —¡Eh, un momento! —exclamó Wajda—. ¿Adonde quieres llevarme, preciosa...?

Suka señaló la espesura.

—Hegó mora cata ce — dijo, en su lengua.

—Tendrás toda la razón del mundo, pero yo no te entiendo ni papa, amiga mía.

—¡Hego mora cata ce! —repitió la muchacha, tirando nuevamente de su mano.

—Quiere que la acompañe, comandante —dijo el doctor Fazekas.

—Ya lo sé, pero...

—Parece que tiene mucho interés —dijo Rubina. —Vayamos con ella, comandante — pidió Heike. —Seguro que nos lleva con su gente —dijo Noriko. Stefan, tras unos segundos de duda, indicó:

—Cierra la nave, Jan. Vamos a acompañar a lachica.

Skowronek se apresuró a obedecer.

Cuando la puerta de la nave de reconocimiento estuvo cerrada, el comandante Wajda se dejó llevar por Suka, que lo metió en la espesura.

El doctor Fazekas, Jan, Rubina, Heike, Noriko, Lipo y Andros les siguieron por este orden, formando una fila india que fue adentrándose en la selva con precaución.

Suka parecía conocer muy bien el terreno que pisaba y avanzaba con ligereza, sin soltar en ningún momento la mano de Stefan, quien seguía esgrimiendo su pistola de rayos láser en la diestra.

El doctor Fazekas y los demás también empuñaban sus armas, conscientes de que el peligro podía surgir en cualquier momento.

Y, efectivamente, surgió.

CAPITULO VI

Todo empezó con el lanzamiento de una maza. Un lanzamiento tan silencioso como certero, ya quela maza golpeó en la cabeza al doctor

Fazekas y este se desplomó en el acto, sin conocimiento.

—¡Cuidado! ¡Nos atacan! —gritó el comandante Wajda.

Los agresores empezaron a brotar de la melaza, esgrimiendo sus primitivas armas, aunque no por ello me nos peligrosas. Empuñaban lanzas, cuchillos, hachas y mazas.

Y portaban, además, redes.

Los atacantes pertenecían a una raza distinta, pues si bien de cuello para abajo sus cuerpos eran idénticos a los de los varones terrestres, con la única salvedad deque su piel tenía un tono azulado, bastante feo, su cabeza era muy diferente.

Carecían de pelo, de orejas, e incluso de nariz. En lugar de cuero cabelludo, exhibían una serie de escamas rojizas y brillantes, que cubrían también el rostro, dándoles una apariencia de serpiente que ponía los pelos de punta.

En realidad podía decirse que tenían cabeza de eso,de serpiente, pues incluso los ojos y la boca parecían de reptil. Eran, por tanto, unos seres horripilantes, que impresionaron al comandante Wajda y los suyos.

De manera especial, a Rubina, Heike y Noriko, que no pudieron evitar sendos gritos de terror. Y Suka calló con ellas, pero por otro motivo, pues ella ya conocía a aquellos seres.

Había sido su prisionera y luego llevada por ellos al tótem de sacrificios, atada a él, y dejada a merced de la primera fiera sanguinaria que surgiese de la espesura. Eran unos seres malvados y crueles, capaces de cometer las mayores atrocidades, y Suka temía caer otra vez en sus manos y ser conducida de nuevo al tótem de sacrificios, para ser ofrecida al dios que adoraban aquellos seres.

Por eso gritaba Suka.

No quería vivir de nuevo aquel horror.

Pero aún estaba por ver si los cabezas escamosaspodían comunicarse con los terrestres, o viceversa. De momento, comandante Wajda había fulminado a uno con su pistola, y otros dos seres habían caído abatidos por las armas de Lupo y Andros.

Rubina, Heike y Noriko dispararon también contra los atacantes,

tumbando a otros tres, pero una red cayó sobre ellas y las envolvió, siendo seguidamente derribadas por los agresores.

La lucha cuerpo a cuerpo resultó inevitable.

Stefan esquivó una lanza y después golpeó al tipo que la empuñaba, en el cuello, con la mano abierta. El atacante emitió un rugido de animal y se desplomó Lupo tuvo que burlar un hacha que llevaba las peo res intenciones. Después, disparó la pierna y le incrustó la punta de su bota al agresor en el bajo vientre.

El tipo bramó de dolor y se cayó en redondo, agarrándose lo que tenía de varón.

Andros se las estaba viendo con dos cabezas escamosas a la vez, pero como era un gran luchador, le asestó a uno un mazazo en la rojiza y brillante testa, y el tipo se hundió como si la tierra hubiera cedido de pronto bajo sus pies.

Del otro ser, se deshizo atrapándolo por el cuerpo y levantándolo como si no pesara casi nada, para seguidamente estamparlo contra el tronco de un árbol.

La espalda del tipo crujió sonoramente y éste ya no pudo levantarse.

El comandante Wajda golpeó en la frente a uno de los atacantes, con la culata de su pistola, y lo durmió en el acto. A continuación, acudió en ayuda de Rubina, Heike y Noriko, que no conseguían escapar de la red que las envolvía.

Justo en aquel momento, otra red caía sobre Lupo y éste se veía atrapado por ella.

—¡Malditos! —rugió, intentado librarse de la red.

Un cabeza escamosa le atacó por la espalda.

Era el mismo que le había lanzado la red y enarbolaba una maza.

Stefan se dio cuenta y disparó contra el tipo, destrozándole su horrible cabeza con el certero rayo láser.

—¡Ayuda a Lupo, Andros! —pidió.

—¡A la orden, comandante!

Andros efectuó dos disparos seguidos, eliminando a dos cabezas escamosas, y se plantó de un salto junto a Lupo, que seguía envuelto por la red.

—¡Pareces una trucha, Lupo! —bromeó—. ¡Una trucha con bigote!

—¡Menos pitorreo y sácame de aquí! —barboteo Vallone.

Andros rió y le arrancó la red, devolviéndole la libertad.

Stefan liberó también a Rubina, Heike y Noriko, no sin antes tumbar al cabeza escamosa que trató de im pedirlo con su lanza. Le destrozó el pecho de un disparo.

—¿Estáis bien, chicas? — preguntó.

Rubina, Heike y Noriko respondieron afirmativa mente y se reintegraron a la lucha, haciendo funciona sus armas.

Los atacantes que quedaban con vida, muy pocos ya, comprendieron que la lucha estaba perdido y huye ron, desapareciendo en la espesura.

Y fue entonces cuando Stefan descubrió que Suka

la muchacha rescatada por ellos, había desaparecido también.

—¡Suka! — gritó.

La chica no respondió.

Y Stefan, naturalmente, pensó que había sido capturada por los atacantes.

* * *

—¡Suka! —llamó de nuevo Stefan Wajda, más fuerte aún que antes, pero el resultado fue el mismo.

—¡Se la han llevado! —rugió Andros—. ¡Esos malditos la han atrapado!

—¡Hijos de perra! —ladró Lupo.

—¿Alguno de vosotros vio cómo la capturaban? —preguntó Stefan.

Se miraron unos a otros, en silencio.

Ninguno había visto a Suka desde que se inició el ataque de aquellos horribles seres.

—No importa —dijo Stefan—. La buscaremos y daremos con ella. Lo primero, sin embargo, es reanimar al doctor Fazekas y a Jan. Sólo están inconscientes.

Jan Skowronek había caído tan sólo unos segundos después que el médico, víctima también de un duro golpe de maza, por lo que prácticamente no tuvo tiempo de intervenir en la lucha.

Mientras Lupo, Rubina, Heike y Noriko se ocupaban de ambos, Stefan y Andros observaron los cuerpos de los cabezas escamosas que habían caído en la lucha.

Por toda vestimenta, los tipos llevaban un escueto taparrabos de piel. Todos eran fornidos y musculosos.

Una raza fuerte, pero cruel.

—Los de la otra Tierra no somos tan feos, ¿verdad, comandante? —dijo Andros, con ironía.

—Desde luego que no —sonrió Stefan—. Aunque en este planeta no serán todos tan horribles como éstos. Suka es una buena muestra de ellos. Ella es como cualquier mujer terrestre. Y debe haber también hombres como nosotros. Quizá entre la gente de Suka.

—¿De verdad cree usted que la encontraremos, comandante?

Stefan iba a responder, cuando creyó oír un leve ruido y apuntó hacia la melaza con su arma.

—Atento, Andros —murmuró.

Patikis no había oído nada, pero apuntó también hacia la espesura, en la misma dirección que Wajda.

—¿Ha visto algo, comandante? —susurró.

—No, pero he oído un ruido. Alguien o algo anda cerca.

—Seguro que es un animal.

—O uno de estos seres. Puede que hayan vuelto.

—Si es así, peor para ellos, porque los vamos a exter minar a todos —masculló Andros.

Pero no.

Ni era una cabeza escamosa, ni era un animal.

Era Suka.

Había sabido escabullirse al empezar la lucha y había alejado lo suficiente como para no ser descubierta por los atacantes. Después, se ocultó y esperó el desenlace de la lucha.

Cuando vio que los atacantes huían, en escaso número, supo que sus salvadores habían vencido y regresó con ellos, aunque con mucha precaución.

Y no se dejó ver hasta comprobar que, efectivamente, el comandante Wajda y los suyos eran dueños de la situación.

Cuando la vieron aparecer, Stefan y Andros se llevaron una gran alegría.

—¡Es Suka! —exclamó el primero.

—¡No ha sido capturada! —dijo Andros.

La muchacha sonrió y corrió hacia ellos, ligera como una gacela.

Lupo, Rubina, Heike y Norilo se alegraron también de la vuelta de Suka.

La joven se echó en brazos del comandante Wajda

—¡Stefan! —exclamó, antes de besarle en los labios con mucha vehemencia.

Lupo emitió una risita.

—El comandante tiene su día, no hay duda.

Rubina frunció el ceño.

—A la tal Suka voy a tener que leerle yo la cartilla —rezongó por lo bajo.

—¿Decías, Rubina...? —preguntó Heike.

—Que Suka le va a hacer al comandante los labios papilla —respondió la rubia, para disimular.

—¡Seguro, porque besa con ganas...! —exclamó Noriko, riendo.

—Apasionada que es la chica —dijo Heike—. Aunque a mí no me gana, ¿eh? Que lo diga Lupo.

—Tú eres puro fuego, Heike —aseguró Vallone, y la pelirroja se sintió profundamente halagada.

CAPITULO VII

Jan Skowronek volvió en si antes que el doctor Fazekas.

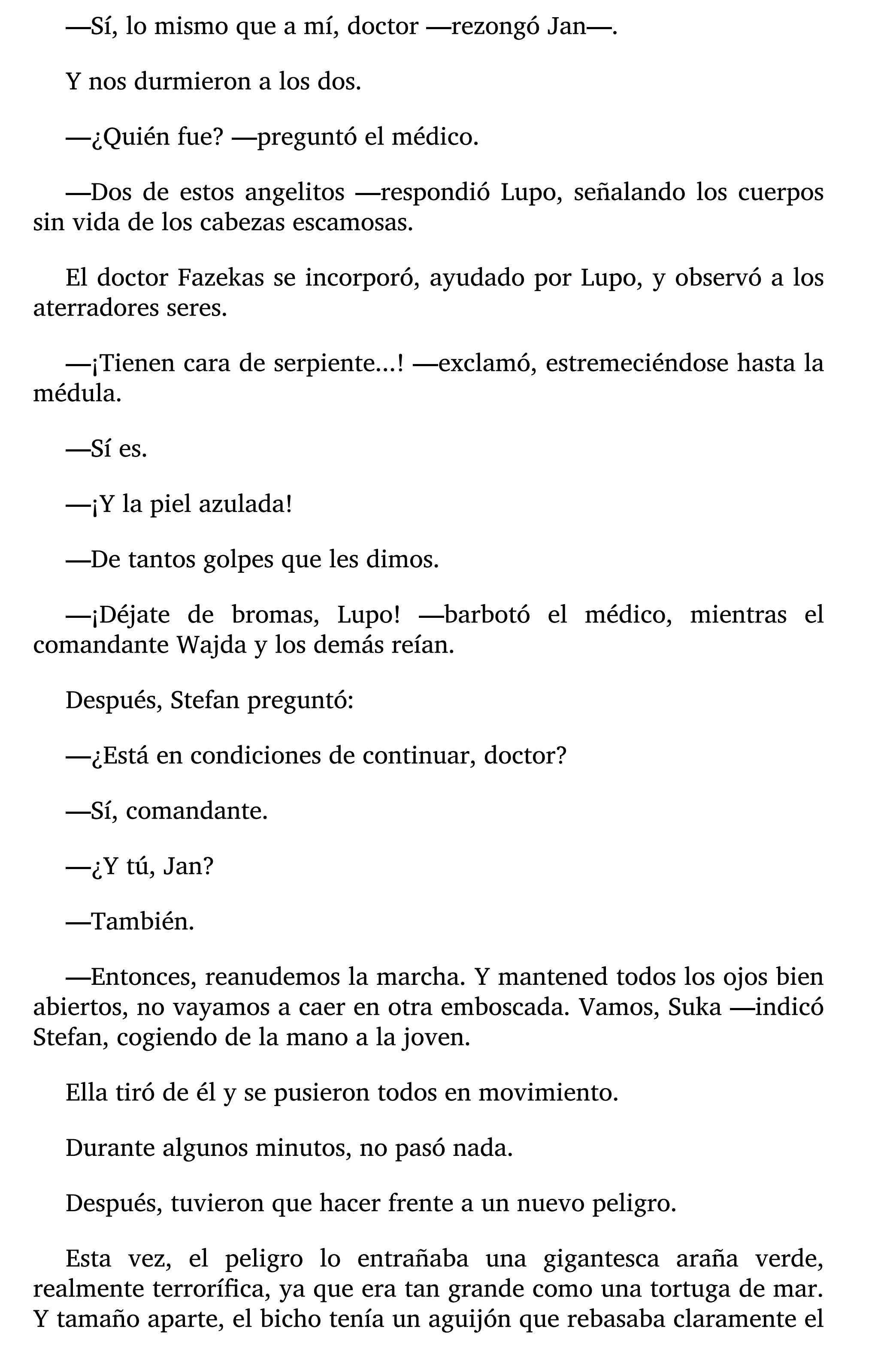
Y, como era lógico, se despertó con un fuerte dolor de cabeza. En la parte posterior del cráneo, tenia una herida que había sangrado y un abultamiento considerable.

Poco después, el médico recobraba también el conocimiento. Y, al igual que Jan, se agarró la cabeza, porque el dolor era asimismo intenso.

—¿Quién me atizó la pedrada? —masculló.

—No fue una pedrada, doctor —sonrió Heike—. Le arrojaron una maza.

—¿Una maza...?



—Sí, lo mismo que a mí, doctor —rezongó Jan—.

Y nos durmieron a los dos.

—¿Quién fue? —preguntó el médico.

—Dos de estos angelitos —respondió Lupo, señalando los cuerpos sin vida de los cabezas escamosas.

El doctor Fazekas se incorporó, ayudado por Lupo, y observó a los aterradores seres.

—¡Tienen cara de serpiente...! —exclamó, estremeciéndose hasta la médula.

—Sí es.

—¡Y la piel azulada!

—De tantos golpes que les dimos.

—¡Déjate de bromas, Lupo! —barbotó el médico, mientras el comandante Wajda y los demás reían.

Después, Stefan preguntó:

—¿Está en condiciones de continuar, doctor?

—Sí, comandante.

—¿Y tú, Jan?

—También.

—Entonces, reanudemos la marcha. Y mantened todos los ojos bien abiertos, no vayamos a caer en otra emboscada. Vamos, Suka —indicó Stefan, cogiendo de la mano a la joven.

Ella tiró de él y se pusieron todos en movimiento.

Durante algunos minutos, no pasó nada.

Después, tuvieron que hacer frente a un nuevo peligro.

Esta vez, el peligro lo entrañaba una gigantesca araña verde, realmente terrorífica, ya que era tan grande como una tortuga de mar. Y tamaño aparte, el bicho tenía un aguijón que rebasaba claramente el

medio metro de longitud.

Un aguijón venenoso, mortífero, aterrador.

La colosal araña podía acabar con sus víctimas inyectándoles un gran chorro de veneno, o ensartándolas con su largo y vibrante aguijón, para luego devorarles con su monstruosa boca.

Gracias a su color verde, el descomunal arácnido podía camuflarse perfectamente entre la melaza y sorprender a sus víctimas repentinamente, dejándolas sin tiempo material para defenderse o huir.

Y eso hizo esta vez, surgir de pronto de entre la espesura.

Suka no había visto al animal.

Tampoco Stefan.

Suka dio un chillido cuando vio saltar a la aterradora araña y retrocedió de un brinco, chocando contra Jan, que iba tras ella y el comandante Wajda.

Jan se vio derribado y Suka cayó sobre él, mientras Stefan, reaccionando con la rapidez que le caracterizaba, disparaba sobre el impresionante bicho.

El rayo láser alcanzó a la araña en el aire, porque ésta había saltado ya sobre Stefan, haciendo vibrar su temible aguijón, que se hubiera clavado en el pecho del, terrestre de no haber hecho éste alarde de unos reflejos envidiables.

La araña gigante lanzó un espeluznante graznido de muerte al recibir en su cuerpo el poderoso rayo y cayó al suelo, materialmente destrozada.

Agitó sus largas patas unos segundos, emitió otro graznido, más débil que el anterior, y luego las encogió, quedando inmóvil, rígida, sin vida.

Rubina, Heike y Noriko lanzaron sendos suspiros de alivio.

—Está visto que en esta otra Tierra no ganamos para sustos —dijo la primera.

—Cierto —asintió la pelirroja.

—En nuestro planeta, las arañas se matan de un pisotón, pero las de aquí no hay pie capaz de aplastarlas —oomentó la oriental.

El doctor Fazekas, Andros y Lupo observaban también el cadáver de la enorme ama, que yacía a menos de un metro de los pies del comandante Wajda.

Jan continuaba en el suelo y Suka seguía encima de él, transmitiéndole el calor de su cuerpo y la firmeza de sus formas. Jan la había abrazado de una manera instintiva y ella se agarraba también a él, asustada todavía.

—¿Podemos levantarnos ya, comandante? —preguntó Skowronek, con un carraspeo.

Stefan se volvió y sonrió ligeramente.

—Sí, no hay peligro. La araña gigante está más tiesa que una bota de cuero sudada y expuesta al sol.

—Ya lo has oído, preciosa —dijo Jan, dando una palmadita a la firme grupa de Suka.

Esta se soltó de él y se irguió, siendo imitada porJan.

Suka observó fijamente el cuerpo sin vida de la araña verde.

—Torca veta omem... —murmuró en su idioma.

—¿Qué estará diciendo? —preguntó el doctor Fazekas.

—Creo que se está acordando de la madre de la araña —respondió Jan, con una sonrisa.

Andros y Lupo rieron.

Stefan rió también y cogió de la mano a la muchacha.

—Continuemos, Suka.

La joven apartó la mirada del cadáver de la monstruosa araña y echó a andar, reanudando todos nuevamente la marcha.

* * *

Casi una hora después, y sin haber tenido que hacer frente a nuevos peligros, el comandante Wajda y los suyos llegaban al poblado de la gene de Suka, guiados por ésta.

La aparición de los terrestres causó sorpresa, pero la de Suka llenó de alegría a todos, pues se sabía quela muchacha había sido capturada por ios cabezas escamosas y nadie esperaba verla de nuevo con vida.

Suka se vio abrazada y besada por los suyos, que la acosaron a preguntas, deseosos de saber cómo había conseguido escapar de los cabezas escamosas y quiénes eran los extranjeros que habían venido con ella.

Mientras Suka respondía a todos, el comandante Wajda y los suyos observaron el poblado, que era poco más o menos como ellos esperaban.

Estaba formado por cabañas. Unas cabañas sencillas, rudimentarias, primitivas, que habían sido levantadas junto a un río de aguas limpias y transparentes, en un amplio claro de la selva.

Las gentes que vivían allí pertenecían todas a la misma raza que Suka. Tanto los hombres como las mujeres tenían apariencia terrestre, no había seres raros entre ellos.

Las mujeres vestían túnicas cortas, como Suka, de muy variados colores, e iban todas descalzas. Los hombres, que también iban descalzos, vestían unas faldas blancas, muy cortas, y llevaban el torso desnudo.

Sus armas eran parecidas a las de los cabezas escamosas, totalmente primitivas. Casi todos los hombres llevaban brazaletes en los bíceps; unos bíceps fuertes y desarrollados, porque ninguno de los varones se veía delgado y enclenque.

Aquélla era, también, una raza fuerte, pero mucho más noble que las de sus enemigos más directos, los cabezas escamosas.

Cuando Suka acabó de explicar que seguía viva gracias al comandante Wajda y los suyos, y que éstos eran sus amigos, la gente del poblado observó con admiración a los terrestres.

Les había impresionado su valentía, el increíble poder destructivo de sus armas, y, por encima de todo, el hecho de que hubieran llegado

del cielo en ayuda de Suka, en un enorme pájaro volador, de cuyas entrañas salieron caminando tranquilamente.

Y es que Suka, lógicamente, no había sabido explicarles que se trataba sencillamente de una nave con la que se podía viajar de un lado a otro por el aire, a gran velocidad.

Y, aunque hubiera sabido explicarlo, los suyos no lo hubieran entendido, como tampoco lo entendía ella. Sus conocimientos estaban demasiado lejos todavía de vehículos voladores y pistolas de rayos láser.

Suka se reunió con el comandante Wajda y los miembros de su tripulación, sonriente, y la gente del poblado rodeó a los terrestres. Suka puso su mano en el pecho de Wajda y dijo:

—Stefan.

Los suyos, todos a coro, repitieron:

—¡Stefan...! ¡Stefan...! ¡Stefan!

El doctor Fazekas rió.

—¡Le están vitoreando, comandante!

—Sí, eso parece —sonrió Stefan.

—Apuesto a que Suka le suelta otro beso —rezongó Rubina.

—No me extrañaría nada. —dijo Heike—. Con lo besucona que es.

—Como ella vuelva a besarle, le besan todas las mujeres del poblado —vaticinó Noriko.

—¿Y para nosotros nada...? —habló Jan.

—Eso digo yo —rezongó Lupo—. También somos hombres, ¿no?

—Y no tenemos nada de feos —añadió Andros.

El doctor Fazekas rió y dijo:

—Vosotros haced lo que queráis, pero yo me voy de conquista.

—¿A pesar del golpe de maza...? —exclamó Rubina.

—Ya casi no me duele la cabeza.

—Lo mismo digo, así que me voy también de conquista —decidió Jan.

—¿Nos autoriza, comandante? —preguntó Lupo.

—Por supuesto —respondió Stefan.

—Pues yo no quiero ser menos —dijo Heike—. Los hombres del poblado me parecen guapísimos y me apetece estar un rato con alguno.

Las palabras de la pelirroja hicieron reír a sus compañeros, pero la verdad es que habían sido pronunciadas muy en serio.

CAPITULO VIII

El comandante Wajda y los suyos llevaban ya casi una hora en el poblado de Suka y su gente, tratando de entenderse con ellos, lo cual no era fácil.

Con palabras, desde luego, resultaba prácticamente imposible, pero como los gestos de unos y otros eran muy expresivos, el mutuo deseo de demostrarse su amistad pudo ser comprendido por ambas partes.

Suka y los suyos, agradecidos por lo que los terrestres habían hecho, les ofrecieron comida y una bebida dulce que estaba realmente deliciosa, aunque había que tener cuidado con ella, porque se subía rápidamente a la cabeza.

La comida era buena, y como los terrestres sentían apetito, no la despreciaron, como tampoco rechazaron la agradable bebida, que los puso aún más alegres a todos.

Mientras saciaban su apetito, algunas de las mujeres del poblado danzaron en su honor, al ritmo de la música que varios hombres interpretaban con extraños instrumentos.

La danza, muy exótica, resultaba bella y excitante.

Suka se unió a las mujeres que bailaban y eso permitió a Rubina

conversar con Stefan sobre el tema que ella estaba deseando abordar desde que viera lo cariñosa que Suka se mostraba con él.

—Es muy bonita, ¿verdad? —dijo Rubina.

—¿Quién?

—Suka.

—Oh, sí, es una joven preciosa. Y baila muy bien.

—¿Se está enamorando usted de ella, comandante?

Stefan la miró.

—¿Qué te hace pensar eso…?

—Parece que le tiene encandilado. La mira con unos ojos…

—¿Estás celosa, Rubina?

—Sí, no me importa confesarlo.

—Pues no hay motivo para ello, te lo aseguro.

—¿De veras?

—Tú me gustas mucho más.

—Pues los besos se los da a ella.

—Es ella la que me los da a mí —puntualizó Stefan.

—Pero usted no los rechaza.

—A nadie le amarga un dulce, Rubina. Además, estaría muy feo que yo rechazara un beso de Suka. Ella se sentiría ofendida. Y con razón, porque es joven y bella.

—Creo que Suka le ama, comandante.

—Oh, no, te equivocas. Se muestra así de cariñosa conmigo porque es una chica agradecida.

—¿Hará el amor con ella?

Stefan tosió.

—No creo que tenga ocasión, Rubina.

—Eso nunca se sabe.

—Estaremos poco tiempo aquí y...

—Si se le presenta la oportunidad, ponga cualquier excusa.

—¿Excusa?

—No quiero que haga el amor con Suka. Y tengo derecho a prohibírselo, porque le gané al ajedrez. ¿Le recuerdo la clase de apuesta que hicimos, comandante...?

Stefan sonrió.

—No, no es necesario.

—Tiene que hacer el amor conmigo, no con Suka.

—Lo estoy deseando, te lo aseguro.

—¿Lo dice sinceramente?

—Si no fuera así, no me hubiera dejado ganar la partida.

Rubina respingó.

—¿Cómo dice...?

—Intuí lo que pensabas exigirme si ganabas y me dejé derrotar —confesó Stefan.

—¡No es verdad!

—Te juro que sí, Rubina. Tu apertura fue buena, pero no lo suficiente como para aplastar a un rival tan experto como yo. Pude haberme defendido mucho mejor y contraatacar con peligro, pero no quise, porque deseaba que vencieras tú y me exigieras... todo lo que me exigiste.

Rubina le apuntó con el dedo, ceñuda.

—Volveremos a jugar, comandante. Y le ganaré de nuevo.

—Sólo si yo me dejo.

—Y aunque no se deje. ¿Quiere apostarse algo...?

—Lo mismo que la otra vez. Si te gano, tendré derecho a exigirte lo que quiera y tú no podrás negarte a complacerme. ¿Estás de acuerdo, Rubina?

—Por supuesto.

—Bien —sonrió Stefan, y volvió a prestar atención a la estimulante danza de las mujeres del poblado.

* * *

Una hora más tarde, el comandante Wajda decidió que debían abandonar el poblado y regresar a la nave de reconocimiento, lo cual no fue muy bien acogido por los miembros de la tripulación, que se lo estaban pasando en grande.

El doctor Fazekas tenía una hermosa joven a su la do, y lo mismo sucedía con Jan, Lupo y Andros. Hei ke y Noriko, por su parte, gozaban de la compañía de dos apuestos varones.

Rubina, en cambio, no se había procurado más compañía masculina que la del comandante Wajda, aunque se veía obligada a compartirla con Suka, quien sólo se había separado de Stefan para intervenir en la exótica danza.

La decisión de Stefan Wajda entristeció también a la gente del poblado. De manera especial, a Suka, que lo agarró significativamente del brazo.

—Stefan...

Wajda le acarició el cabello y dijo:

—Me siento muy a gusto contigo y con tu gente, Suka, te lo aseguro. Todos nos sentimos felices aquí, pero no podemos quedarnos. Tenemos que regresar a la nave.

Suka, con gestos, le hizo saber que los necesitaba para rescatar a otras dos mujeres del poblado que, al igual que ella, fueron capturados por los cabezas escamosas.

Estaban condenadas también a ser sacrificadas en el siniestro

tótem, y sólo ellos, con sus poderosas armas, podían evitarlo. Si no las rescataban, morirían devoradas por las fieras.

Al comandante Wajda le costó un poco entender lo que decía Suka, pero cuando lo logró, sintió un escalofrío. La cogió por los hombros y preguntó:

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Cora beco nam —respondió ella, en su lengua.

—¿Qué ha dicho, comandante? —preguntó Jam, que no había acabado de entender los gestos de Suka.

Tampoco el doctor Fazekas y los demás los habían podido descifrar claramente. Stefan los miró a todos y explicó:

—Suka no nos trajo aquí solamente para que conociéramos a los suyos y pudieran demostrarnos su agradecimiento por haberla salvado. Y tampoco porque necesitara protección por el camino, que evidentemente la necesitaba, porque sola no hubiera llegado al poblado. Habría caído nuevamente en manos de los cabezas escamosas o perecido devorada por algún anima!, como la gigantesca araña verde, por ejemplo. Suka nos trajo consigo porque su gente necesita nuestra ayuda. Dos de las mujeres del poblado, más concretamente. Fueron apresadas al mismo tiempo que ella por esos seres crueles y sanguinarios, y correrán la misma suerte que hubiera corrido Suka de no haber intervenido nosotros tan oportunamente.

Los siete miembros de la tripulación se estremecieron a la vez.

—¿Serán sacrificadas, comandante…? —preguntó Jan.

—Así es —asintió Stefan—. Las llevarán a ese horrendo tótem, las atarán a él, y dejarán que las fieras las devoren.

—No podemos permitirlo, comandante —dijo Andros—. Tenemos que rescatar a esas pobres chicas.

—Sí, hay que salvarlas —estuvo de acuerdo Lupo—.

Y darles una buena lección a esos malditos seres azulados con cara de serpiente.

—Yo voto por lo mismo —dijo el doctor Fazekas.

Stefan miró a Rubina, Heike y Noriko.

—¿Qué decís vosotras?

—No me gustaría estar en la piel de esas dos mujeres, comandante —respondió Rubina-—. Y si lo estuviera, agradecería mucho que alguien viniese en mi ayuda y me liberara. Opino, por tanto, que debemos intentar rescatarlas.

—Yo también — dijo Heike.

—Y yo, comandante —habló Noriko—. Me imagino atada a ese horrible tótem, esperando la aparición de alguna fiera hambrienta, y se me pone la carne de gallina. Hay que salvar a esas dos mujeres, cueste lo que cueste.

Stefan Wajda sonrió, satisfecho del valor de los miembros de su tripulación, tantas veces demostrado.

—Me siento orgulloso de vosotros, muchachos. Sois extraordinarios, de verdad.

—Un comandante tan valiente como usted, no puede tener una tripulación de gallinas —repuso Jan.

—Exacto —asintió Andros.

—Dígale a Suka que vamos a rescatar a sus dos compañeras, comandante —pidió Lupo—. Se alegrará.

—Y yo sé cómo se lo agradecerá —dijo Rubina—. Con un beso de los que tiran de culo.

—¡Seguro! —exclamó Heike, riendo.

El doctor Fazekas y los demás rieron también.

El comandante Wajda le hizo saber a Suka que iban a intentar liberar a las dos mujeres, y la alegría de la joven fue inmensa. Antes de comunicar a su gente que los terrestres iban a prestarles su ayuda, abrazó a Stefan y le dio un beso enorme.

—¿Qué, no os lo dije…? —exclamó Rubina, con el ceño arrugado.

Sus compañeros, naturalmente, volvieron a reír.

CAPITULO IX

El comandante Wajda y los siete miembros de su tripulación habían salido ya del poblado en dirección al territorio de los cabezas escamosas, guiados no sólo por Suka, sino por dos de los hombres del poblado.

Se trataba, precisamente, de la pareja de varones que habían permanecido casi todo el tiempo junto a Heike y Noriko. Habían querido unirse al grupo de terrestres y colaborar en el intento de rescate de las dos mujeres que seguían en poder de los crueles cabezas escamosas.

Suka les había dicho que no era necesario, pues confiaba plenamente en el alto poder destructivo de las armas de los extranjeros, pero ellos insistieron en acompañarles. Eran dos tipos bravos y deseaban tomar parte en la lucha.

Stefan Wajda estuvo de acuerdo en que los hombres se uniesen al grupo y partieron todos hacia los dominios de los seres azulados y con cara de serpiente.

Los dos varones del poblado abrían la marcha, empuñando sendas lanzas. Tras ellos, iban Stefan y Suka, Jan, el doctor Fazekas, Rubina, Heike, Noriko, Lupo y Andros, esgrimiendo todos sus respectivas pistolas de rayos láser.

El poblado de los cabezas escamosas se hallaba, lógicamente, a bastante distancia del de Suka y los suyos. Pero, como aún quedaba mucho día por delante, llegarían bastante antes de que oscureciera.

Durante la primera media hora de marcha, no ocurrió nada.

De repente, sin embargo, una enorme serpiente de tres cabezas brotó de la espesura y atacó al grupo, mostrando sus feroces colmillos.

Los dos compañeros de Suka se dispusieron rápidamente a hacerle frente con sus primitivas lanzas, poniendo de manifiesto su valentía, pero no llegaron a utilizarlas.

El comandante Wajda y los suyos habían reaccionado también con rapidez, y ya estaban disparando contra la gigantesca serpiente, a la

que destrozaron por completo.

Los compañeros de Suka quedaron impresionados.

Ellos ya sabían que las armas de los terrestres eran temibles, pero, aun así, no creían que fueran capaces de acabar en sólo unos segundos con una serpiente de tres cabezas tan monstruosa como aquélla y dejarla hecha pedazos.

Asombrados, miraron las pistolas que empuñaban el comandante Wajda y los miembros de su tripulación, y murmuraron algo en su lengua.

Suka, repuesta del susto que se había llevado con la repentina aparición del enorme reptil, sonrió y dijo:

—¿No os dije yo que las armas de los extranjeros pueden destrozar a la fiera más grande y más peligrosa...?

Sus compañeros le dieron la razón y se alegraron muchísimo de tener como amigos al comandante Wajda y los suyos.

—Continuemos, muchachos —indicó Stefan, cogiendo nuevamente de la mano a Suka.

Reanudaron la marcha.

Sin más contratiempos, alcanzaron los dominios de los cabezas escamosas. Suka y sus compañeros hicieron saber a los terrestres que estaban pisando ya territorio enemigo, por lo que de ahora en adelante debían extremar las precauciones.

El comandante Wajda y los suyos entendieron y avanzaron con más cautela, sin hablar y procurando causar el menor ruido posible. Y así, ahogando literalmente las pisadas y con todos los sentidos alerta, se adentraron en los dominios de los cabezas escamosas.

Los más cautelosos, eran los compañeros de Suka, pues sabían, lo mismo que ésta, lo aficionados que eran los seres azulados a las trampas, casi todas ellas mortales.

De ahí que avanzaron con los ojos bien abiertos, escrutando cada árbol, cada rama, cada arbusto, cada metro de terreno...

La muerte podía estar esperándoles en el lugar más insospechado.

Y así era, desgraciadamente.

Se demostró cuando el suelo cedió súbitamente bajo los pies de los dos compañeros de Suka y ambos se hundieron en el vacío irremisiblemente.

—¡Cuidado…! —chilló el comandante Wajda, soltando a Suka y dando un salto hacia adelante, lo que le permitió agarrar de un brazo a uno de los hombres y evitar que se precipitara al fondo de la trampa, como su compañero.

Este emitió un grito desgarrador.

Y es que, el suelo de la trampa, estaba lleno de afiladas estacas clavadas en la tierra, apuntando todas hacia arriba, esperando que alguien pisara la trampa y se precipitara contra ellas, para ensartarle y causarle la muerte.

Una muerte brutal y horrible, pero rápida, porque eran varias las estacas que atravesaban el cuerpo de la víctima.

* * *

El comandante Wajda se estremeció al ver lo que aguardaba al fondo de la trampa.

—¡Dios! —exclamó, horrorizado, mientras sostenía en el aire al otro hombre.

Este miró también hacia abajo y descubrió a su compañero, cubierto de sangre, horriblemente ensartado por las puntiagudas estacas. No pudo evitar que una oleada de frío recorriera su cuerpo, porque él había estado a punto de correr la misma suerte.

Y todavía podría morir si su brazo resbalaba de la mano de Stefan Wajda, porque él colgaba en el vacío y no tenía donde agarrarse. Por fortuna, Stefan tenía manos fuertes y mantenía perfectamente aferrado su brazo.

Stefan izó a pulso al hombre.

—¡Echadme una mano, muchachos!

Andros y Lupo le ayudaron a sacar al compañero de Suka de

aquella trampa mortal, mientras el doctor Fazekas, la propia Suka, Rubina, Noriko y Heike contemplaban, estremecidos, el cuerpo sin vida del otro hombre.

—¡Es horrible! —exclamó Rubina.

—¡Qué trampa tan cobarde! —dijo Heike.

—¡Esos cabezas escamosas son unos grandísimos canallas! —opinó Noriko.

Suka, con lágrimas en los ojos, dijo algo también en su lengua.

Después, abrazó a su compañero, salvado milagro samente por el comandante Wajda de una muerte segura. El hombre, que ahora estaba pálido y temblaba perceptiblemente, a causa de los angustiosos momentos vividos, la estrechó a su vez y habló también en su idioma.

Después, miró a Stefan Wajda y le dio las gracias por haberle salvado la vida.

Stefan le puso la mano en el hombro y se lo oprimió.

— Lamento lo que tu compañero. Me hubiera gusta do salvaros a los dos, pero sólo pude agarrarte a ti.

—Vengaremos su muerte —dijo Andros.

—Sí, esos traidores lo pagarán caro —masculló Lupo.

—Hay que continuar —indicó Stefan.

El compañero de Suka entendió y se separó de ésta, para reanudar la marcha. Como había perdido su lanza, que ahora yacía en el fondo de la trampa, empuñó el cuchillo que llevaba a la cintura y rodeó el agujero de la trampa.

Los demás la rodearon también y continuaron avanzando todos, aún más cautelosamente que antes, para no caer en una nueva trampa. Después de lo ocurrido, no había que fiarse un pelo.

* * *

Algunos minutos más tarde, el compañero de Suka descubría a tiempo una trampa tan peligrosa como la anterior. En esta ocasión, consistía en una plataforma llena de largos clavos, todos ellos muy afilados, que había sido colocada entre las ramas de un árbol, perfectamente oculta.

En el suelo, igualmente oculta, había una delgada cuerda. Era la encargada de hacer caer la mortal plataforma. Sólo necesitaba que alguien enganchara su pie a ella.

Afortunadamente, el amigo de Suka descubrió la cuerda cuando estaba a punto de tropezar en ella y se detuvo en el acto, con el pie derecho en alto.

Después, hizo que el comandante Wajda y los demás se detuvieran, y con una rama tiró de la cuerda, haciendo caer la plataforma al suelo.

Los largos y agudos clavos se calvaron en la tierra totalmente, a menos de un metro del compañero de Suka, que se había librado nuevamente de la muerte.

Sí, porque de no haber descubierto a tiempo la fina cuerda, la plataforma le hubiera caído encima y los afilados clavos se habrían incrustado en su cuerpo, segándole la vida en muy pocos segundos.

El comandante Wajda y los suyos no pudieron evitar que se les erizara el vello cuando vieron funcionar la trampa.

—Cómo las gastan los seres azules, ¿eh, comandante? —rezongó Jan.

—Tienen muy mala idea, sí —respondió Stefan.

—Son unos perfectos hijos de Satanás —masculló el doctor Fazekas.

—Menos mal que esta trampa no se ha cobrado ninguna víctima —dijo Lupo.

—Porque nuestro amigo anduvo listo, que si no... —repuso Andros.

—Sospecho que no será la última trampa que encontremos en nuestro camino —habló Rubina.

—Me temo que no — dijo Heike.

—Habrá que andarse con pies de plomo, pues —rezongó Noriko.

—Con pies de plomo nos andamos —respondió Stefan—. Venga, continuemos.

Pasaron todos por encima de la plataforma y siguieron avanzando hacia el poblado de los cabezas escamosas con la máxima precaución.

CAPITULO X

Unos quince minutos después, el comandante Wajda escuchó un ligero ruido y detuvo inmediatamente al compañero de Suka, al tiempo que hada una muda indicación a los demás para que se detuvieron también.

Los miembros de la tripulación se pararon y dejaron incluso de respirar, intuyendo que Stefan Wajda había visto u oído algo, así que tensaron todos las orejas.

—Suka y su compañero tensaron también las suyas, con el aliento contenido. Y tanto ellos como los terrestres no tardaron en oír un

nuevo ruido, al que siguieron otros.

Parecían pisadas.

—Alguien se acerca —susurró el comandante Wajda—. Ocultémonos, rápido.

Se escondieron todos entre la melaza, silenciosos como un felino.

Y se ocultaron tan bien, que ni siquiera podían verse unos a otros. Seguían oyéndose pasos.

De pronto, se oyeron también voces.

Unas voces roncas, profundas, más propias de animal que de ser humano.

Eran los cabezas escamosas.

Y no tardaron en aparecer.

Se trataba de un pequeño grupo.

Ocho, exactamente.

Los tipos iban bastante confiados, como si estuvieran seguros de que allí, en un lugar tan próximo ya a su poblado, no podían encontrar enemigos.

Y así pensaban, en realidad, pues veían muy difícil que alguien pudiera aproximarse tanto a su poblado, porque para ello era necesario mucho valor y mucha suerte.

Valor, para adentrarse tanto en sus dominios; y suerte, para sortear las numerosas trampas.

Las ocho cabezas escamosas venían directamente hacia donde permanecían escondidos el comandante Wajda y los suyos. Como ellos conocían los lugares en donde habían sido preparadas las trampas, caminaban muy tranquilos.

Cuando Stefan lo creyó oportuno, brotó de la meleza con impulsado por un muelle y gritó:

—¡A ellos, muchachos!

Jan, Andros, Lupo y el doctor Fazekas se dejaron ver, todos a una,

y saltaron sobre los cabezas escama sas. El compañeros de Suka los imitó en tanto que ésta, Rubina, Heike y Noriko quedaban a la espectativa, las tres últimas prestas a utilizar sus armas.

El comandante Wajda, que había sido el primero en atacar a los seres azulados, derribó a uno de ellos asestándole un tremendo puñetazo en su boca de reptil.

Jan tenía muchas ganas de entrar en acción, ya que en la ocasión anterior quedó fuera de combate prácticamente a las primeras de cambio, sin tiempo para machacar a ninguno de los atacantes.

Ahora lo tenía y se iba a despachar a gusto, cobrándose el cobarde golpe de maza con elevados intereses.

Para empezar, le atizó un puñetazo en el hígado a uno de los tipos y, cuando el cabeza escamosa se dobló, dando un bramido de dolor, le propinó un terrible rodillazo en su fea cara y lo mandó al suelo.

El doctor Fazekas, ansioso también por cobrarse el golpe de maza, le clavó el puño en el ojo zurdo a uno de los individuos, dejándolo inmediatamente sin vista.

De ese ojo, claro.

Con el otro, el ser azulado aún podía ver.

Y lo que vio, fue que el puño del terrestre se proyectaba de nuevo sobre su cara. Estalló como un misil en su otro ojo y lo dejó totalmente ciego.

Andros y Lupo se emplearon también con ganas, deseosos de vengar la muerte del compañero de Suka que cayera en la trampa de las mortíferas estacas.

El amigo de Suka le clavó su cuchillo en el pecho a uno de sus enemigos, partiéndole el corazón, porque se lo incrustó hasta la misma empuñadura.

Estaba, también, ansioso de venganza por la muerte de su compañero, y quería liquidar a cuantos cabezas escamosas pudiera, así que desclavó el cuchillo de la azulada caja torácica del tipo, con brusquedad, y se dispuso a atacar a otro.

No vio que a sus espaldas había un cabeza escamosa, a punto de clavarle su lanza entre los omoplatos, pero Rubina sí lo vio y disparó

sobre el tipo.

El ser azulado emitió un espantoso alarido y se desplomó, destrozado por el rayo láser.

Heike y Noriko dispararon también contra dos cabezas escamosas, al ver que los tipos se disponían a atacar traidoramente al doctor Fazekas y a Jan.

Los dos caras de serpiente se derrumbaron en el acto, fulminados por los rayos láser.

Casi al mismo tiempo, Andros le rompía el cuello a uno de los individuos con sus poderosos brazos y le causaba también la muerte.

El comandante Wajda se cargó a otro, quebrándole el espinazo tras una hábil presa. Y el compañero de Suka, por su parte, le asestó una feroz cuchillada en la garganta a uno de los tres cabezas escamosas que quedaban con vida, después de esquivar el golpe de hacha que le envió el tipo.

El ser azulado cayó prácticamente muerto, perdiendo sangre a chorros por la escalofriante herida.

Antes de que los otros dos cabezas escamosas murieran también, el comandante Wajda gritó:

—¡A esos dos tos quiero con vida, muchachos! ¡Atrapadlos!

Andros sujetó por detrás a uno de los tipos y lo inmovilizó con su fuerza de titán. Del otro se encargó Lupo, sujetándolo también por la espalda con energía.

Los horribles ojos de los seres azulados expresaron un terror infinito, pues pensaban que iban a morir. No sabían que el comandante Wajda los quería vivos.

—¿Qué piensa hacer con ellos, comandante? —preguntó Jan.

—Los obligaremos a abrir la marcha, y como ellos deben saber dónde están colocadas las trampas, no caerán en ellas. Y si ellos no caen, nosotros tampoco caeremos, porque los tipos se verán obligados a revelar la situación de cada trampa — explicó Stefan.

—Es una gran idea, comandante —aprobó el doctor Fazekas.

—Vamos, empujad a los tipos —indicó Stefan—, Y que no escapen,

¿eh?

—Descuide, comandante —respondió Andros.

—Como intenten algo, lo lamentarán —aseguró Lupo.

Empujaron a los dos cabezas escamosas y éstos se vieron obligados a mover las piernas, abriendo la marcha.

El compañero de Suka, que se había apoderado de una de las lanzas de los seres azulados, fue tras ellos, contento con la idea que había tenido el comandante Wajda.

Este y Suka se pusieron también en movimiento, seguidos de Rubina, Heike, Noriko, el doctor Fazekas y Jan.

* * *

Kala y Tuna, que así se llamaban las dos mujeres que se hallaban cautivas en el poblado de los cabezas escamosas, lo estaban pasando francamente mal.

En realidad, no habían hecho más que sufrir desde que fueran capturadas junto con Suka, pero empezaron a pasarlo aún peor desde que algunos de los seres que llevaran a ésta al tótem de sacrificios regresaran al poblado y contaran a sus compañeros que Suka había sido liberada por unos extranjeros, a los cuales les había sido imposible capturar o eliminar, pese a haberles tendido una emboscada.

Los tipos explicaron que las armas de los extranjeros eran terriblemente poderosas, y que con ellas, dieron muerte a la mayoría de ellos, viéndose obligados a huir el resto.

La noticia de la muerte de bastantes de sus compañeros enfureció a los hombres del poblado, pero lo que más les irritó fue la liberación de Suka.

Era la primera vez que una víctima ofrecida por ellos a su dios escapaba del tótem de sacrificios, y temían que sus dios se enfadara y descargara su cólera sobre ellos.

Afortunadamente, tenían en su poder a Kala y Tuna, que serían también ofrecidas como víctimas, y tal vez eso aplacara la cólera de su dios, aunque los cabezas escamosas no las tenían todas consigo y seguían temiendo las posibles represalias.

De ahí que hubieran decidido ensañarse con las prisioneras, antes de llevarlas al tótem de sacrificios, lo cual no podría hacer hasta el día siguiente.

Los seres azulados pensaban que, aumentando el sufrimiento de Kala y Tuna, su dios se sentiría menos furioso, así que iban a hacer de todo con ellas.

Menos matarlas, claro.

Kala y Tuna debían llegar vivas al tótem de sacrificios y morir en él, devoradas por las fieras.

En aquellos momentos, se hallaban atadas de pies y manos a unos postes que, en forma de «X», permanecían clavados en el centro del poblado.

Las dos habían sido despojadas de sus túnicas y conservaban únicamente el breve pantaloncito que protegía su intimidad, de modo que estaban prácticamente desnudas.

Kala y Tuna eran tan jóvenes y tan hermosas como Suka, aunque sus cuerpos, visiblemente maltratados, ofrecían ahora un aspecto menos grato.

Habían sido golpeadas, azotadas con látigos de varias colas, pinchadas con lanzas y cuchillos…

Lo peor, sin embargo, estaba por llegar.

Pero era tan inminentes, que Kala y Tuna hubieran querido morirse en aquel mismo instante, para no pasar por aquel sufrimiento tan horrible y espantoso.

CAPITULO XI

Cerca de los postes de tortura, los cabezas escamosas habían encendido una hoguera. Las llamas eran bastante altas y las prisioneras percibían su calor, lo cual hacía que sus cuerpos desnudos brillasen a causa del sudor.

La fogata llevaba ya bastantes minutos ardiendo y su fuego era continuamente alimentado con nuevos leños y ramas, para que su intensidad no decreciera.

Se habían formado ya, lógicamente, un buen número de brasas de distintos tamaños. Y con ellas pensaban los crueles seres azulados seguir torturando a Kala y Tuna.

Con unas largas tenazas, dotadas naturalmente de mangos de madera para que el calor no quemase las manos de quien las

manejase, al correr por los hierros, uno de los cabezas escamosas tomó una brasa y la sacó de la hoguera, mostrándola seguidamente a las prisioneras.

Kala y Tuna se estremecieron de pánico, pues ambas intuían que el tipo les iba a aplicar la brasa en sus carnes, para causarles dolorosas quemaduras.

Los seres azulados que rodeaban a las prisioneras emitieron gruñidos de gozo, disfrutando de antemano con el horrible espectáculo. Y es que para ellos no era horrible, sino divertido, como lo había sido también el golpear, azotar y pinchar con lanzas y cuchillos a las dos indefensas mujeres.

Eran así de canallas.

El cabeza escamosa que empuñaba las largas tenazas aproximó lentamente la brasa, para prolongar la angustia y la desesperación de las prisioneras.

Tuna y Kala se agitaron, estremecidas de horror, pero nada podían hacer por evitar el doloroso contacto de la brasa. Estaban condenadas a sufrir aquel tormento, igual que habían hechos los anteriores.

Kala gritó, pues parecía que ella iba a ser la primera en recibir las quemaduras. Pero, cuando ya percibía en su pecho desnudo el fuerte calor de la brasa, el cabeza escamosa desvió las tenazas y dirigió el pedazo de leño ardiente al pecho de Tuna.

Esta exhaló un gemido de terror y después gritó también, convencida de que la primera quemadura la iba a recibir ella en uno de sus senos, rotundos y erguidos, aunque marcados ya por las colas de los látigos y por las puntas de los cuchillos y las lanzas, como los de su compañera, igualmente desarrollados y levantados.

Sin embargo, cuando ya la brasa estaba a punto de posarse en la parte superior de su pecho izquierdo, el cabeza escamosa desvió nuevamente las tenazas y volvió a dirigirlas hacia el busto estremecido y tembloroso de Kala.

Ello formaba parte del tormento.

Había que aterrorizar más y más a las prisioneras, prolongar su pánico. Pero, como eso ya se había conseguido, el ser azulado no volvió a desviar las tenazas en el último momento y aplicó la brasa al seno derecho de Kala, justo encima del rojo pezón.

La desgraciada emitió un grito terrible y todo su cuerpo tembló de dolor, mientras los cabezas escamosas que contemplaban la escena exteriorizaban su júbilo.

Tuna tembló también, como si estuviera soportando el mismo sufrimiento que su compañera, y estuvo a punto de chillar tan desgarradoramente como ella.

No lo hizo, pero lo haría muy pronto, porque la siguiente quemadura iba a ser para ella. Lo supo cuando vio que el ser azulado retiraba la brasa del pecho de Kala y dirigía las tenazas hacia ella.

Kala gemía y lloraba de dolor, con la cabeza doblada sobre su pecho desnudo y torturado. Tuna se fijó en la quemadura causada por la brasa y creyó morirse de espanto,porque era verdaderamente horrible.

Y como ella iba a tener otra en su pecho, dentro de escasos segundos, se puso a chillar como una loca.

El cabeza escamosa, en efecto, le aplicó la brasa en el seno izquierdo y el cuerpo de la chica sufrió una violenta sacudida, como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

Eran los efectos del terrible sufrimiento.

Cuando el cara de serpiente retiró las tenazas, el pecho de Tuna ofrecía una quemadura tan amplia y tan dolorosa como la de su compañera.

Tuna gemía y lloraba también, como Kala, por lo que estaba sufriendo y por lo mucho que iban a sufrir todavía las dos, porque era fácil adivinar que el tipo de las tenazas seguiría aplicándoles brasas por todo el cuerpo, para regocijo suyo y de sus compañeros, que estaban gozando mucho con el espectáculo.

Efectivamente, el cabeza escamosa devolvió la brasa utilizada al fuego y tomó otra aún mayor con las tenazas, mostrándola también a las prisioneras.

Kala y Tuna sufrieron sendas convulsiones de espanto.

El cara de serpiente les aproximó la nueva brasa, muy lentamente, como antes, y jugó de nuevo con el terror de ambas mujeres, simulando que iba a quemar a una para, en el último segundo, desviar las tenazas y aparentar que iba a quemar a la otra.

Kala y Tuna chillaron, presas de un pavor indescriptible, y se agitaron, podían acabar volviéndose locas si aquello se prolongaba demasiado.

Por fin, el cabeza escamosa se decidió a aplicar la brasa en el pecho izquierdo de Kala, pero la quemadu: ra no llegó a producirse, porque un segundo antes de que el pedazo de leño incandescentes mordiera dolorosamente el seno de la desgraciada, un rayo láser cruzó el poblado y alcanzó en la espalda al tipo, dejándosela hecha migas.

El ser azulado soltó las tenazas y la brasa cayó al suelo sin tocar el pecho de Kala. Y el tipo, naturalmente, se derrumbó también, sin vida.

* * *

El comandante Wajda y los suyos irrumpieron en el poblado de los cabezas escamosas, haciendo funcionar sus armas. Después de lo que habían visto, estaban deseando exterminar a aquellos malditos seres azulados, capaces de las mayores atrocidades, como muy bien dijera Suka.

Y se había confirmado, porque había que ser muy canallas para aplicar brasas ardientes en los pechos desnudos de un par de mujeres indefensas, que además habían sido golpeadas, azotadas y heridas con lanzas y cuchillos.

Los cabezas escamosas empezaron a desplomarse, abatidos por los rayos láser. El tipo de las tenazas había sido liquidado por Stefan Wajda con su primer disparo, ante la sorpresa de Kala y Tuna, que no sabían nada de extranjeros ni de armas poderosas.

Ni siquiera sabían que Suka se había librado de ser devorada por las fieras en el tótem de sacrificios. De ahí su alegría al verla formando parte del grupo de extranjeros, lo mismo que Hogo, que así se llamaba el hombre del poblado que venía con ellos.

Y como los extranjeros estaban aniquilando a los cabezas escamosas, Kala y Tuna adivinaron que eran amigos de Suka y Hogo, y que habían venido a rescartarlas, por lo que su alegría fue doble.

Por unos instantes, desapareció el dolor de las quemaduras, de los

latigazos, de los golpes y de las heridas.

Bueno, en realidad, no desapareció. Lo que sucedió fue que Kala y Tuna estaban tan contentas que dejaron de sentirlo. Sólo pensaban en la lucha que estaba teniendo lugar en el poblado de los seres azulados, y que no podía ser más favorable al comandante Wajda y los suyos, a pesar de que los cabezas escamosas los multiplicaban en número.

Pero no importaba.

El poderío de las armas de los terrestres era infinitamente superior y tos rayos láser causaban estragos entre los caras de serpiente, destruyéndolos a ellos y destruyendo también sus cabañas.

Casi todas ellas estaban ardiendo ya.

No obstante, los cabezas escamosas también creaban peligro cuando arrojaban sus lanzas o sus hachas, o buscaban la lucha cuerpo a cuerpo con sus cuchillos y sus duras mazas.

A Lupo, por ejemplo, le fue imposible evitar que una lanza le hiriera el brazo izquierdo. Afortunadamente, fue sólo un refilonazo y pudo continuar la lucha.

Andros recibió un doloroso mazazo en el hombro derecho, pero fue un mal menor, ya que el golpe iba dirigido a su cabeza. Fue capaz de apartarla a tiempo y la maza percutió en su robusto hombro, que acusó el golpe, aunque menos de lo que esperaba el tipo que le descargó el mazazo.

Prueba de ello fue que Andros le deshizo práctica mente la cara con su puño izquierdo y después le envió un rayo láser, acabando con su cochina vida en un santiamén.

El comandante Wajda, Jan y el doctor Fazekas, por el momento, estaban ilesos. También Rubina, Heike y Noriko, que disparaban sin cesar y protegían a Suka.

Hogo se batía como un jabato.

Más que luchar con los cabezas escamosas, parecía que quería comérselos, porque se hallaba dominado por la furia y por el deseo de venganza.

Desgraciadamente, una lanza arrojada desde su derecha se clavó en su muslo y lo hizo caer, dando un rugido de dolor.

—¡Hogo! —gritó Suka, corriendo hacia él.

El comandante Wajda vio al tipo que le había arrojado la lanza a Hogo y le envió inmediatamente un rayo láser. Le alcanzó en la cara y el individuo se quedó prácticamente sin cabeza.

—¡Atienda al amigo de Suka, doctor! —pidió Stefan.

Kalmar fazekas se apresuró a acudir en ayuda de Hogo, mientras sus compañeros seguían dando buena cuenta de los cabezas escamosas.

Quedaban ya muy pocos con vida.

Y, como las armas de los terrestres no parecían cansarse de vomitar rayos destructivos, los seres azulados optaron por huir de su propio poblado y protegerse en la selva.

Algunos de ellos cayeron abatidos antes de conseguirlo.

El resto, apenas media docena, lograron ponerse a salvo.

Pero eran tan pocos que nadie se molestó en perseguirlos.

CAPITULO XII

Mientras el doctor Fazekas le arrancaba la lanza a Hogo, le taponaba la herida, y le colocaba un tornique te en el muslo para frenar la fuerte hemorragia, protegido por Andros y Lupo, el comandante Wajda y Jan fueron a liberar a las prisioneras, acompañados de Suka, Rubina, Heike y Noriko.

Kala y Tuna, ahora que la lucha había terminado, volvían a sentir el dolor de sus respectivas quemaduras, de los latigazos, de los golpes y de las pequeñas pero múltiples heridas que las lanzas y los cuchillos de los cabezas escamosas causaran en sus cuerpos desnudos.

Sin embargo, no se quejaban. Soportaban valientemente el sufrimiento y hasta fueron capaces de sonreír cuando Suka se detuvo junto a ellas y les acarició el rostro a las dos, con lágrimas en los ojos, mientras Stefan y Jan las soltaban de aquellos malditos postes de tortura, en los que tan mal lo habían pasado.

Rubina, Heike y Noriko observaban, estremecidas, los maltratados cuerpos de las dos compañeras de Suka.

—Pobres muchachas — dijo la rubia.

—Cuánto han debido sufrir —habló la pelirroja.

—Lo que esos gusanos hicieron con ellas no tiene calificativos — rezongó la oriental.

—Por eso los hemos exterminado y destruido su poblado — dijo Stefan Wajda.

—Sí, se lo merecían, por malvados y por crueles — masculló Jan.

Cerca de los postes de tortura, tiradas en el suelo, yacían las túnicas de Kala y Tuna. El comandante Wajda las vio e indicó:

—Ponedles las túnicas, Rubina. Ellas están débiles que apenas pueden sostenerse en pie.

Era cierto.

Las piernas de Kala y Tuna flaqueaban, y seguramente se hubieran desplomado las dos de no contar con la ayuda de Stefan y Jan, que las sostenían por la cintura.

Rubina se apresuró a recoger las túnicas de las chicas y, ayudada por Heike y Noriko, se las colocó. Suka también colaboró, mientras explicaba a Kala y Tuna cómo se había salvado de morir devorada por las fieras en el tótem de sacrificios.

—El doctor Fazekas las atenderá, cuando acabe con Hogo —dijo Stefan—. Afortunadamente, no tienen ninguna herida grave. Se recuperarán pronto.

—Lo peor son las quemaduras —habló Jan—. Y menos mal que sólo tienen una.

—Porque llegamos nosotros, que si no... —recordó Rubina.

—El doctor sabrá curárselas —aseguró Stefan—. Vamos, llevémoslas hacia allí, Jan.

Con la ayuda de Stefan y Jan, Kala y Tuna pudieron caminar hacia el lugar en donde el doctor Fazekas estaba ocupándose del muslo herido de Hogo.

—Quiero hacer una cosa —dijo Rubina.

—¿Qué? — preguntó Heike.

—¡Esto! —masculló la rubia, y disparó contra los postes de tortura, pulverizándolos.

Noriko sonrió.

—Bien hecho, Rubina.

Siguieron caminando hacia donde estaban el doctor Fazekas, Hogo, Andros y Lupo.

Andros se masajeaba el hombro derecho. Lo tenía hinchado, como consecuencia del duro mazazo que recibiera en él, y le dolía, aunque era un dolor soportable.

Lupo, por su parte, se había colocado un pañuelo en el brazo izquierdo, sobre la herida que le causara la lanza arrojada por uno de los cabezas escamosas.

El pañuelo estaba teñido de rojo, pero la herida había dejado de sangrar. De todos modos, el doctor Fazekas tendría que atenderla, lo mismo que el hombro de Andros, pero lo primero era el muslo de Hogo, porque su herida era mucho más seria.

El médico ya casi estaba terminando aquella primera cura, practicada únicamente con sus conocimientos, ya que no disponía de botiquín y, en consecuencia, de medicamentos y de instrumental quirúrgico.

El botiquín de primeras urgencias había quedado en la nave de reconocimiento, así que habría que ir por él para atender debidamente a Hogo, Lupo, Andros, Kala y Tuna.

Hogo mantenía los dientes fuertemente apretados, para resistir mejor el dolor y no gritar. Pero, a pesar de todo, se sentía feliz, porque habían conseguido rescatar a Kala y Tuna y librarlas del tormento que estaban sufriendo.

Y, además, habían exterminado a casi todos los cabezas escamosas y destruido su poblado, así que era como para sentirse no sólo contento, sino contentísimo.

—¿Cómo está Hogo, doctor? —preguntó Stefan Wajda, cuando llegaron junto a ellos.

—La herida es profunda y dolorosa, pero limpia. Afortunadamente, la lanza ni tocó el hueso ni la arteria femoral —explicó el médico.

—Menos mal.

—¿Y las chicas, comandante?

—No tienen nada grave, pero sí mucho que atender. Heridas, contusiones, latigazos, una dolorosa quemadura en el pecho... Están desfallecidas, pero tienen motivos.

—Les echaré un vistazo, pero no es mucho lo que puedo hacer sin mi botiquín.

—Iremos por él, no se preocupe. Lo primero, sin embargo, es regresar al poblado de Suka y los suyos.

—Por supuesto.

El doctor Fazekas acabó con Hogo y examinó a Kala y Tuna,

comprobando que, efectivamente, ninguna de las heridas revestía gravedad. Atendió como pudo las quemaduras y después examinó a Lupo y Andros.

—Bien, es todo lo que puedo hacer aquí, comandante — dijo, cuando acabó—. En el poblado, cuando tenga el botiquín, los atenderé debidamente a todos.

—En marcha, pues —indicó Stefan, y abandonaron todos el destruido poblado de los seres azulados, dejándolo sembrado de cadáveres.

* * *

Para evitar caer en alguna de las mortales trampas preparadas por los cabezas escamosas, procuraron regresar por el mismo camino que utilizaran al venir.

Hogo tenía un gran sentido de la orientación e iba recordando los lugares por los que antes habían pasado. Como él no podía caminar, el fortachón de Andros lo llevaba a su espalda con la misma ligereza que llevaría una mochila.

Y eso que tenía el hombro derecho lastimado.

Ellos dos abrían la marcha, y Hogo le iba indicando a Andros por dónde debía avanzar. Tras ellos, iban el comandante Wajda y el doctor Fazekas, con las armas prestas, por si aparecían los pocos cabezas escamosas que quedaban con vida o alguna fiera peligrosa.

Kala caminaba apoyada en Suka y Rubina, mientras que Tuna lo hacía apoyándose en Heike y Noriko. Cerrando la marcha, iban Jan y Lupo, preparados también para hacer frente a cualquier peligro.

Seres azulados, no apareció ninguno, pero sí surgió un fiero animal que semejaba un jabalí gigante. El bicho andaba en busca de la merienda y pensó que se iba a dar el gran banquete con el comandante Wajda y los demás.

Pero se equivocó.

Stefan, Andros y el doctor Fazekas le dispararon a la vez, en cuanto

lo vieron aparecer, y no sólo lo dejaron sin merienda, sino sin vida, porque los rayos láser lo destrozaron completamente.

Eliminado el peligro, reanudaron todos la marcha y no tuvieron que hacer frente a ninguna otra fiera, porque no se tropezaron con más. Y, como tampoco cayeron en ninguna trampa, salieron ilesos del territorio de los cabezas escamosas y llegaron sin novedad al poblado de la gente de Suka.

Fueron recibidos con gran alborozo, aunque la alegría de todos se enfrió un poco cuando se comprobó que uno de los hombres del poblado no regresaba con el grupo y el otro volvía herido.

Suka y Hogo contaron lo que había pasado, y como habían conseguido rescatar a Kala y Tuna, la gente del poblado volvió a mostrarse jubilosa.

Habían perdido a uno de los suyos, era cierto, pero Kala y Tuna habían sido liberadas, y los malvados cabezas escamosas prácticamente exterminados, así que la alegría estaba justificada.

Y el agradecimiento hacia el comandante Wajda y los suyos, también ya que les habían prestado su ayuda desinteresadamente, arriesgando sus vidas por salvar a

Kala y Tuna.

La gente del poblado jamás lo olvidaría.



El comandante Wajda, después de unos minutos de descanso, dijo:

—Lo siento, muchachos, pero tenemos que ponernos en marcha otra vez. De lo contrario, se nos echará la noche encima por el camino y eso no nos conviene.

—Desde luego que no —respondió Jan—. Esa selva ya es bastante peligrosa de día.

—No es necesario que vayamos todos en busca del botiquín. El doctor Fazekas, Rubina, Heike y Noriko que quedarán en el poblado

—decidió Stefan.

El médico y las chicas no pusieron objeciones.

Stefan le hizo saber a Suka que ella debía acompañarles, para guiarles hasta el claro de la selva en donde quedara posada la nave de reconocimiento.

Y Suka, naturalmente, se puso a disposición de los terrestres.

Y lo hizo con mucho gusto, además.

CAPITULO XIII

Los seis cabezas escamosas que lograron escapar de su poblado y ponerse a salvo en la jungla, se habían dirigido al lugar en donde permanecía clavado el tótem de sacrificios.

Estaban los seis convencidos de que la aniquilación de sus compañeros y la destrucción de su poblado había sido un castigo de su dios, enfurecido por la liberación de Suka, la joven que ellos le ofrecieron como víctima.

Lo único que podían hacer, dado su escaso número, era postrarse ante su dios y suplicar su perdón, prometiéndole, a cambio, que tratarían de captura nuevamente a Suka y se la ofrecerían otra vez, asegurándose, en esta ocasión, de que la muchacha encontrase la muerte en el tótem de sacrificios.

No esperarían a que surgiese una fiera hambrienta de la espesura y la devorase, sino que le darían muerte ellos mismos, arrancándole el corazón con un cuchillo.

Con la esperanza de que su dios les perdonase y no descargara su cólera contra ellos, para que pudieran cumplir su promesa y desagraviarle, los seis cabezas

escamosas alcanzaron el claro de la selva en donde se alzaba el siniestro tótem de sacrificios.

Sin embargo, no se atrevieron a salir de la melaza.

La nave de reconocimiento de los terrestres tenía la culpa de ello, pues continuaba posada en el claro, cerca del tótem sagrado, y los seres azulados se llenaron de terror.

Y es que también a ellos se les antojaba una enorme bestia, capaz de devorarlos a los seis si los descubría, por lo que continuaron ocultos en la espesura, callados, silenciosos, conteniendo hasta la respiración.

Los minutos iban transcurriendo y la «enorme bestia» no se movía, lo cual hizo pensar a los caras de serpiente que se hallaba dormida, saciada.

No obstante, ellos siguieron ocultos.

Les faltaba valor para salir de la espesura y postrarse en silencio ante su dios, pues pensaban que la «bestia» podía despertarse de un momento a otro y zampárselos a los seis.

Los minutos seguían transcurriendo.

De pronto, tos cabezas escamosas detectaron pasos.

Se miraron unos a otros, sorprendidos, y prepararon sus armas.

Poco después, veían surgir de la espesura a Suka, acompañada de cuatro de los extranjeros.

¡No podían creerlo!

¡Suka estaba allí, a su alcance!

¡Tenían la oportunidad de capturarla de nuevo y ofrecerla otra vez a su dios!

Antes, sin embargo, tendrían que eliminar a los extranjeros.

Sólo eran cuatro, pero como sus armas eran tan poderosas, no iba a ser fácil liquidarlos. Tendrían que atacarles por sorpresa y matarlos antes de que pudieran defenderse.

El otro problema, era la «enorme bestia dormida».

¿Por qué no se despertaba...?

¿Por qué no atacaba a los extranjeros...?

Los cabezas escamosas no lo entendían, pero aún lo entendieron menos cuando vieron que el cuerpo de la supuesta bestia se abría.

Y es que Jan Skowronek, utilizando su mando de control remoto, había abierto la puerta de la nave.

Suka sintió un estremecimiento cuando posó su mirada en el tótem de sacrificios, porque le recordó todo el horror que ella vivió mientras permaneció atada a él, esperando la aparición de alguna fiera sanguinaria.

El comandante Wajda adivinó lo que la muchacha sentía y, recordando lo que Rubina hizo en el poblado de los seres azulados con los postes de tortura, apuntó a la parte alta del tótem con su pistola y efectuó un disparo.

El rayo láser destrozó por completo la horrorosa cabeza tallada que representaba al dios de los crueles cabezas escamosas. Después, de un segundo disparo, Stefan hizo pedazos el resto del tótem.

—Ahí no morirá nadie más —dijo.

Suka sonrió, satisfecha, pues celebraba la destrución del siniestro tótem.

Los seis caras de serpiente, en cambio, se quedaron helados de espanto tras la acción del comandante Wajda.

¡Su dios había sido destruido!

¡Pulverizado!

¡El tótem sagrado estaba hecho pedazos!

¡Y ellos no habían sabido evitarlo!

¡Había ocurrido ante sus propias narices y no habían hecho nada por impedirlo!

¡Su dios no se lo perdonaría jamás!

El temor a su venganza les dio el valor que necesitaban y salieron los seis de la espesura, gritando como locos, sin pensar ya en la supuesta bestia dormida ni en las poderosas armas de los extranjeros.

Sólo pensaban en vengar la destrucción de su dios, aniquilando a los cuatro extranjeros y a la propia Suka.

* * *

—¡Cuidado...! ¡Nos atacan...! —gritó Jan, disparando ya sobre los cabezas escamosas.

El comandante Wajda empujó a Suka y la tiró al suelo, porque así correría menos peligro, y disparó también contra los seres azulados, al tiempo que se encogía, para esquivar la lanza que venía en busca de su pecho.

Andros y Lupo se habían revuelto ya con rapidez e hicieron funcionar asimismo sus armas. El primero tuvo que saltar de lado, para burlar un hacha, y el segundo se dejó caer de rodillas, esquivando así la lanza que le había sido arrojada.

Jan se vio obligado también a cambiar de posición, porque una maza buscaba su cuerpo, y después accionó de nuevo el disparador de su pistola.

El último disparo lo efectuó el comandante Wajda, fulminando el sexto cabeza escamosa. Los otros cinco, yacían ya en el suelo, convertidos en cadáveres.

Y como no surgieron más seres azulados de la espesura, Stefan Wajda y los suyos adivinaron que no quedaban más y respiraron tranquilos.

Suka se incorporó y se agarró del brazo izquierdo de Wajda.

—Stefan... —murmuró.

—Tanquilízate, Suka. Hemos exterminado a los pocos cabezas escamosas que quedaban.

Después, subieron todos a la nave de reconocimiento.

Suka lo hizo con evidente temor, pues la nave le seguía impresionando hondamente, pero como confiaba plenamente en el comandante Wajda y su gente, no se opuso a penetrar en el vientre de lo que en principio le pareciera una colosal bestia voladora.

Jan cerró la puerta y Stefan le pidió que pilotara él la nave, pues adivinaba que Suka estaba asustada y quería ocuparse personalmente de tranquilizarla.

Stefan ocupó el asiento del copiloto e hizo que Suka se sentara en sus rodillas, diciendo:

—Verás como volar te gusta, Suka.

La joven tenía los ojos fijos en el mirador de la nave y contemplaba el exterior, muy callada.

Jan, sentado ya en el sillón del piloto, puso los motores en funcionamiento e hizo que la nave despegara.

Suka, al ver que se elevaban y el suelo quedaba cada vez más abajo, se abrazó con fuerza al comandante Wajda.

—¡Stefan!

Wajda rió.

—Cálmate, preciosa. Esto es mucho más seguro de lo que tú te imaginas.

Jan, Andros y Lupo rieron también.

Suka no quería mirar hacia abajo, pero la curiosidad pudo más que el temor y, poco a poco, se fue acostumbrando y convenciendo de que no corría ningún peligro, a pesar de hallarse a tantos metros del suelo.

Entonces, sonrió y murmuró en su lengua:

—Korpa norac set.

—¿Qué ha dicho, comandante? — preguntó Jan.

—Que esto es fantástico —respondió Stefan.

Y lo adivinó.

* * *

La aparición de la nave de reconocimiento, como era de esperar, causó un gran revuelo en el poblado de la gente de Suka, pese a que el doctor Fazekas, Rubina, Heike y Noriko se esforzaron por tranquilizar a todo el mundo.

La nave se posó suavemente en medio del poblado y los motores dejaron de rugir. Un minuto después, la puerta se abría y el comandante Wajda descendía de la nave llevando de la mano a Suka.

Una Suka sonriente, jubilosa, feliz.

Tras ellos, descendieron Jan, Andros y Lupo.

El botiquín lo llevaba Jan, quien se lo entregó al doctor Fazekas, que se había acercado a la nave, acompañado de Rubina, Heike y Noriko.

La gente del poblado se había alejado mucho de la nave, pero Suka los llamó y les aseguró que no tenían nada que temer, consiguiendo que poco a poco se fueran aproximando todos.

Y, mientras ella les relataba la maravillosa experiencia que había vivido, viajando cómodamente por los aires, el doctor Fazekas atendió debidamente a Hogo, Kala y Tuna.

Después, se ocupó del brazo de Lupo y del hombro de Andros.

Cuando acabó de curarlos a todos, Suka seguía hablando de su fantástico viaje por el cielo...

Era algo que no olvidaría aunque viviera cien años.

EPILOGO

Cuando la nave de reconocimiento abandonó el poblado, era ya de noche en aquella cara del planeta. La despedida del comandante Wajda y los miembros de su tripulación, de Suka y su gente, fue realmente emotiva.

Suka y los suyos deseaban que permanecieran con ellos algún tiempo, pero Stefan le hizo comprender a la joven que no podía quedarse, porque tenían una misión que cumplir y debían regresar con sus compañeros.

Stefan fue besado y abrazado por Suka, pero esta vez no fue el único, ya que la muchacha hizo lo propio con Jan, Andros, Lupo, el doctor Fazekas, Rubina, Heike y Noriko.

Hogo, Kala, Tuna y el resto de la gente del poblado expresaron también su agradecimiento al comandante Wajda y los suyos. Les debían mucho y les recordarían siempre.

Tampoco los terrestres olvidarían fácilmente la aventura que

habían vivido en aquella otra Tierra. Y si tenían ocasión, volverían y harían una visita a Suka y su gente.

Cuando llegaron a la «ARIES-XV», Rubina Silova le recordó al comandante Wajda que tenían pendiente una partida de ajedrez, con una apuesta muy importante.

Stefan no quiso demorar el nuevo enfrentamiento ajedrecístico, porque deseaba hacer el amor con Rubina. Y, para ello, antes debía derrotarla y demostrarle con su victoria que era cierto que la vez anterior se dejó ganar.

Jugaron la partida en el despacho de Stefan y, aunque Rubina volvió a jugar con las blancas y repitió su agresiva apertura, resultó claramente derrotada.

Cuando Stefan le hizo jaque-mate, la joven lanzó un suspiro de resignación y dijo:

—Tengo que reconocer que sigue siendo usted muy superior a mí, comandante.

—Así es — sonrió Stefan.

—Bien. ¿Qué piensa exigirme?

—Lo mismo que me exigiste tú a mí.

Rubina saltó del asiento, rodeó rápidamente la mesa, y se sentó en las rodillas de Stefan. Después de pasarle los brazos por el cuello, le besó apretadamente en los labios.

Stefan la estrechó con calor y le devolvió el beso.

Cuando separaron sus bocas, Rubina confesó:

—Estoy loca por usted, comandante.

—Yo también te quiero.

—¿Está seguro…?

—Lo estoy, Rubina —respondió el comandante Wajda, y ahora fue él quien unió su boca a la de ella, en otro largo y ardiente beso.

FIN